1228

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL BIEN PERDIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

8

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874

TITULOS.	Actos.	AUTORES.
COMEDIAS Y DRAMAS.		
Á gusto de la tia	1	E. Navarro
Amor, careta y celos	1	Usera y Lopez
César y Pompeyo	1	Manuel Reina
Desde el cielo	1	C. Frontaura
Don Lesmes	1	Manuel Nogueras
El aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern
El Dos de Mayo de 1808	1	L. Vazquez y M. Currros
El diluvio	1	José Velazquez
El elixir de la vida	1	J. Fernandez Bremon
El libro talonario	1	J. Hayeseca
El niño de Juanita	1	Cárlos Trigo
El proscripto	1	Luis Blanc
El retrato de Macaria	1	R. María Liern
El retrato del muerto	1	José Estrañi
El testamento del tio	1	Cárlos Trigo
Ernestine	1	E. Blasco
Fuego en San Ginés	1	E. Blasco
Gloria á Bilbao	1	E. Zumel
Infraganti	1	E. Zumel
La filosofía del vino	1	Teodoro Guerrero
La muela del juicio	1	M. Carreras
La pena capital	1	Luis Blanc
La primera lágrima	1	E. Jackson Cortés
Liquidacion conyugal	1	S. E. Collantes
Los espíritus	1	J. Fernandez Bremon
Mi mujer me engaña	1	Eduardo de Lustonó
1873 y 1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens
No me caso con mi tio	1	J. L. Leon y Marin
¡Quien bien ama!	1	C. Martinez
Sermon perdido	1	Teodoro Guerrero
Un nin de enredos	1	N. N.
Un sí	1	Petano y Torres
Levantar muertos	2	Ramos Carrion
Morirse á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero
Sancho de Vargas	2	J. Aranáz
Bernardo el Calesero	3	Luis Blanc
El anzuelo	3	E. Blasco
El honor	3	R. de Campoamor
La nada entre dos platos	3	Malli y Coello
La verdadera Carmañola	3	Luis Blanc
Los amigos de los pobres	3	Luis Blanc
Los aventureros	3	Luis Blanc
No hay buen fin por mal camino	3	Mariano Catalina

EL BIEN PERDIDO.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Tercera edicion)
La agonía. (Tercera edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural. (Segunda edicion.)
La cosecha. (Segunda edicion)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido. (Segunda edicion.)
Oros, copas, espadas y bastos. (Cuarta edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (Música de Oudrid.)
As en puerta. (Música de Oudrid.)
La perla negra. (Música de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
La conquista de Madrid. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
Cadenas de oro (Música de Arrieta.) (4).
Una revancha. (Música de Campo.)
La insula Barataria. (Música de Arrieta.)
Punto y aparte. (Música de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (Música de Rogel.) (Segunda edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M.ª de Rogel.)
La varita de virtudes. (Música de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (Música de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (Música de Marqués.)
Justos por pecadores. (Música de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (Música de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (Música de Caballero.)
El conde y el condenado. (Música de Rogel é Inzenga) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (3.ª ed)

OBRAS NO DRAMATICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.
(5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

EL BIEN PERDIDO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representada por primera vez en el Teatro del PRINCIPE el dia 9 de Noviembre de 1866.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1874.

«La multitud, que no tiene tiempo ni se cuida de profundizar las cosas, ve la »dicha en esas ovaciones diarias, en esas sonrisas, bravos y palmadas que acom»pañan al éxito. Y no obstante, la dicha es la familia. La dicha está en la alegría »del hogar, en la ingenuidad de los niños, en las gratas veladas del invierno, en »la confianza doméstica, en la ternura de la expansion. La dicha consiste en la »ausencia del esplendor que provoca la envidia: la dicha la tiene todo el mundo »á su alcance sin que la mayor parte nos cuidemos de estender la mano para co»gerla. ¡Hay tan poco que hacer para ser dichoso! La desgracia es un trabajo y »hay infinidad de obreros labrando tan árida cantera: todos en general somos há»biles en el arte de hacernos sufrir.»

MERY.—*La Prima donna.*

«Cuando tanto ha trascendido y se ha generalizado el empeño de preferir á »todo el más cómodo bienestar personalísimo, y cuidar, con particular esmero, »del mayor regalo de los sentidos: en esta época, consagrada con tanto afan á los »*intereses y goces materiales*, crece y sube de punto la importancia de promover »todo lo que se refiere á nuestra parte intelectual, aun por los medios del agrado y del legítimo é inocente placer en las percepciones del espíritu. Motivo sobrado »tenemos para recordar en tal ocasion el delicado y filosófico pensamiento de »nuestro Rioja:

»Esta nuestra porcion alta y divina
»Á mayores acciones es llamada,
»Y en más nobles objetos se termina.

Y todo, no sólo para encaminar la humanidad por la senda que ménos le apar»te de la última perfeccion, capaz de conducirnos á nuestro verdadero fin, el bien»estar eterno; no ya por adecuado contraste con los goces materiales, sino para »no quedar en lamentable y vergonzoso atraso en la marcha progresiva del ver»dadero engrandecimiento de las naciones.»

Discurso de D. JOSÉ MARÍA HUET, *leido en la Real Academia de Nobles Artes de S. Fernando.*

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elbienperdidocom2898larr

AL ILMO. SEÑOR

DON RAMON DE NAVARRETE Y LANDA.

Diez y ocho años hace *que un jóven, casi un niño,* como V. decia al escribir el juicio crítico de *La oracion de la tarde,* presentó á V. su primera poesía. Aquel poeta, que debió á V. ver por primera vez su nombre impreso en las columnas de un periódico, no ha dejado de recibir de V. desde entónces las más constantes pruebas de tierna amistad y cariñoso afecto. Si es propio de almas aviesas avergonzarse de los favores recibidos; obligacion sagrada, más que accion meritoría es en quien honrado nace pregonarlos

El autor de estas líneas no podrá olvidar nunca los sanos consejos, las benévolas críticas, las saludables advertencias que debe á V. en su vida pública: el cariño, la tolerancia, la amistad que le debe en su vida privada. Diez y ocho años es largo plazo para prueba de amistades literarias, y si yo no he podido realizar en ellos los brillantes pronósticos que V. más de una vez ha hecho de mi escaso ingenio, en cambio puedo jurarle que jamás me he apartado, á sabiendas, de los preceptos morales y religiosos con que guió V. mis primeros pasos en la república de las letras.

Al desenvolvimiento de estos principios, que no á mi propio mérito, debo indudablemente el éxito de mis obras; y mi único orgullo, que alguno se le ha de permitir al que consigue el aplauso ajeno, es que siga pronunciándose en España el nombre de *Larra,* siquiera sea para que con justicia unánime proclamen todos la inmensa distancia que separa al inmortal *Fígaro* del humilde autor de *¡Bienaventurados los que lloran!*

Reciba V. con la dedicatoria de la presente comedia una corta muestra de la gratitud que le consagra su antiguo y verdadero amigo

Luis Mariano de Larra.

Madrid 15 de Octubre de 1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	Doña Cármen Berrobianco.
DOÑA PRISCA	Doña Felipa Orgaz.
DON JUAN	Don Julian Romea.
DON PEDRO	Don Antonio Pizarroso.
ALBERTO	Don Antonio Zamora.
EL MARQUÉS	Don José Mariscal.
UN CRIADO	Don Gregorio Viana.

El primer acto pasa en Jadraque, y los dos restantes en Madrid. La accion se supone en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Jardin modesto. En la escena cuatro árboles y algunos arriates con flores. En el foro tapia de ladrillo con puerta-verja de madera en medio, que figura dar á una calle de pueblo. Todo el lado de la izquierda del actor lo ocupa la fachada de la casa con planta baja y principal. Dos gradillas para bajar á la escena. Ventanas bajas con persianas. La derecha otra fachada baja con puerta que figura dar á las dependencias de la labor. En el centro un velador rústico con sillas á los lados. Un gran emparrado sobre la puerta de la izquierda. Todo debe demostrar limpieza y esmero, pero nada de lujo.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, ALBERTO.

Al levantarse el telon, Luisa aparece asomada á la ventana segunda de la izquierda y Alberto en la escena á su lado, teniendo la mano de la primera entre las suyas. Un momento de pausa. Alberto besa la mano á Luisa y esta la retira enojada. Todas las puertas están cerradas.

LUISA. Y van cuatro!... Si te ven!
Basta!

ALB. El último!

669412

LUISA. No quiero!
ALB. Luisa! (Suplicante. Luisa le da la mano y él la besa otra vez.)
LUISA. Cinco! Vete! Vete!
ALB. Un ratito!... (Luisa cierra la ventana, y abriendo la puerta, que vuelve á cerrar, baja al proscenio.)
LUISA. (En la escena.) Es fuerte empeño...
si álguien nos sorprende...
ALB. Acaso
no se sabe en todo el pueblo
que te adoro, que me quieres?...
á qué ocultar?...
LUISA. Muy mal hecho!
yo no quiero andar en lenguas
de nadie... estás?... Si nos vemos
á todas horas... si vienes
sin cesar á casa.
ALB. Eso
no basta!... aquí hay que estar grave,
comedido... circunspecto:
si te miro es á hurtadillas,
si me miras es con miedo,
siempre el usted en los labios...
«Señorita...» «Caballero!...»
Vamos!... que no puedo más!
LUISA. Ten más juicio.
ALB. ¿No le tengo?
pues si no fuera por tí,
crees que no hubiera hecho
un disparate?
LUISA. Los haces
bien á menudo.
ALB. Sí?... Hablemos
con formalidad... ¿me quieres?
LUISA. Que sí! .. que sí!. .
ALB. No te creo!
LUISA. Otra!
ALB. La mano.—¡Bonita!
LUISA. Que me enfado!
ALB. ¡Eres mi cielo!
LUISA. El cielo!... Pues ya lo sabes,
allí no llegan los besos!

Háblame como me hablabas
la otra noche! Dime. ¿Es cierto
que tienes esas ideas?
¿Era sólo pasajero
tu entusiasmo, ó tienen algo
de formales tus proyectos?

ALB. Luisa! ántes de que os marchárais
de Madrid, viví contento
sin ambicion! No sentía
ni necesidad ni empeño
de ser más de lo que era;
hijo de un militar viejo,
que con su escasa fortuna,
su honradez y su buen genio,
un porvenir me ofrecía
tranquilo, fijo y modesto.
Yo seguía la carrera
de abogado, sin deseos
de brillar ni de ser algo
en el mundo. ¡Bien recuerdo
que cada vez que marchaba
al comenzar el invierno
á Madrid, pasaba dias
terribles! Mi pensamiento
estaba donde tú estabas,
¡aquí! y si gracias á esfuerzos
inauditos mis exámenes
eran brillantes, lo debo
no á mi aficion al estudio,
sino á mi ansiedad por veros!
Tres años há que tus padres,
como siempre descontentos
del mundo que les rodea,
del lugar donde nacieron,
á establecerse en la córte
contigo marcharon; creo
que recordarás mi pena,
mi inmenso dolor...

LUISA. (Interrumpiéndole.) No es eso
lo que te pregunto.

ALB. Déjame
concluir: con más empeño

estudié entónces! Este año,
que en el verano habeis vuelto,
mi carrera se concluye,
y sin embargo, ¿qué puedo
esperar? Si ricos eran
aquí tus padres, de cierto
se sabe que han duplicado
su fortuna en poco tiempo.
Ante el fausto que os rodea
en Madrid, ¿cómo pretendo
tu mano, yo que tan solo
lo necesario poseo!

LUISA. Habla más bajo! (Con temor.)

ALB. Si te amo
como tú á mí, y en tí espero,
¿no debo aspirar á todo
por conseguirte?...

LUISA. Sí... eso. .

ALB. Ademas; tus padres tienen
razon. La vida del pueblo
es para desengañados
ó rústicos... Allí lejos
de esta pacífica atmósfera
que con su horizonte estrecho
parece que pone siempre
un límite al pensamiento,
se puede aspirar á todo;
y yo, por amor, anhelo
ser algo más que un cualquiera.

LUISA. Pero si yo me contento
con poco!... ademas te juro
que tus palabras me hicieron
mucho daño la otra noche!

ALB. Te decía lo que siento!...

LUISA. No te creía ambicioso! (Con pena.)

ALB. Por tí lo soy!

LUISA. Yo no quiero
más que vivir aquí siempre!
¡Aquí los años corrieron
de mi infancia... Aquí ha nacido
para tí mi amor primero
y el último de mi vida.

¡Olvida tus locos sueños!
¿Por qué si en este horizonte
la felicidad tenemos,
salir á buscarla fuera
á perder esta exponiéndonos?

ALB. Pero dime, niña mia,
tus padres, hoy opulentos,
querrán por esposo tuyo
á un abogado sin pleitos?...

LUISA. ¡Tal vez cambien sus ideas!...

ALB. ¿No has observado el empeño
de tu madre en separarnos?
No me ha exigido un respeto
ceremonioso contigo?
Nos deja acaso que hablemos
dos palabras sin fingirte
ocupaciones sin cuento?
¿No te aparta de mi lado?
Créeme, Luisa, si cedo
á tus palabras, y sigo
siendo lo que soy, te pierdo!

LUISA. Pero yo...

PRISCA. (Dentro.) Luisa!

LUISA. (Con temor.) Mi madre!
Voy! (Como respondiendo á Doña Prisca.)
Vete! (Con rapidez á Alberto.)

ALB. Adios!

LUISA. Hasta luégo!

(Alberto se va con rapidez por el foro, y Luisa se dirige á la puerta izquierda, á tiempo que ésta se abre y aparece Doña Prisca. Bajan al proscenio las dos.)

ESCENA II.

LUISA, DOÑA PRISCA con traje corto de última moda, y peinado con gran esmero.

PRISCA. Qué haces aquí. (Mirando á todas partes.)

LUISA. (Turbada.) He madrugado
como siempre... y me paseo...

PRISCA. ¿Crees que no te conozco?

LUISA. Á mí?... No sé!...

PRISCA. El tal Alberto

es un niño!...

LUISA. Pero madre!

PRISCA. Mamá se me dice! (Con enfado.)

LUISA. Bueno!

PRISCA. No hay manera de entenderse
contigo; el aire del pueblo
se te pega á los dos dias
de estar en él!

LUISA. (Sonriendo.) ¡Ya lo creo!
Como que en él he nacido!

PRISCA. Y qué tiene que ver eso?
¿No he nacido yo tambien,
por desgracia? Y en mi acento,
en mi trato, en mis maneras,
notas el menor defecto?

LUISA. Bien: es que usted...

PRISCA. *Tú* se dice!
de *tú* me hablas!...

LUISA. Sí; pero
ya sabe usted que en Madrid
me costó un trabajo inmenso,
y á lo mejor el usted
se me escapaba!

PRISCA. No acierto
á entender, cómo en la misma
familia, son tan diversos
los gustos y las costumbres!
¿No sabes que ese muñeco
es sólo un abogadillo
de mala muerte?

LUISA. Nos hemos
criado juntos. Ustedes
nunca se habían opuesto
á nuestra amistad. Su padre,
amigo y vecino nuestro,
es mi padrino. ¿Qué causa
ha hecho variar por completo
los propósitos antiguos
de las dos familias?

PRISCA. Necios
son los que proyectos forman
sin tener en cuenta al tiempo!

Ya no estamos en el caso
de contentarnos con eso!

LUISA. Pero, ¿por qué?

PRISCA. Ya hoy no somos
los rústicos cosecheros
que en otros dias. Vendimos
nuestra hacienda: lo tenemos
todo en papel del Estado... (Con petulancia.)
¡qué quieres! ¡las clases!...

LUISA Pero
dejará papá de ser
el García de otros tiempos?

PRISCA Sí tal; hoy ya tiene roce
con ministros y banqueros:
hoy somos capitalistas,
y de un dia á otro espero
que tu ilustre padre adorne
con una gran cruz su pecho!
y siendo él excelentísimo
¿quién era para tí Alberto?

LUISA. Lo que siempre!

PRISCA. (Con ira reconcentrada.) Tú no sabes
lo que me irritas los nervios!
¡Si tú no eres de este siglo!
Con tu edad y con tu mérito,
¿qué muchacha no querría
brillar, y poner los medios
de hacer una boda digna
y feliz?...

LUISA. Pues eso anhelo!
Qué boda más venturosa
que unirme al hombre que quiero,
ni qué marido más digno
que uno igual á mí?...

PRSCIA. Dejemos
la conversacion. ¡Tú quieres
matarme! (Sentándose.)

LUISA. (Acercándose á Doña Prisca.) Mamá, yo creo...

PRISCA. Mire usted qué facha!... Un traje
de ruin *orleans*, y el pelo
de cualquier modo! (Mirando á Luisa.)

LUISA. ¡Es temprano!

y ademas, aquí en el pueblo!...

PRISCA. Cualquiera que así te viese
creería que no tenemos
otra cosa!...

LUISA. Es un vestido
de mañana!

PRISCA. ¡El que yo tengo!
(Señalando el suyo.)

LUISA. Bien, tú...

PRISCA. Y eso que me faltan
los guantes de *piel de perro*
que el *Magasin Pitoresque*
(Pronunciándolo como se escribe.)
recomienda con empeño!
¡Vamos! serás razonable?
(Cogiendo de la mano á Luisa.)

LUISA. Mamá: si en Madrid te dejo
hacer de mí lo que quieras,
déjame aquí por lo ménos
la libertad de mi infancia
y la fe de mis recuerdos!

PRISCA. (Levantándose incomodada, con rapidez.)
Pues mira! Ten entendido
que ó desengañas á Alberto
ántes que á Madrid volvamos,
ó yo me encargo de hacerlo!

LUISA. Eso lo dice usté en broma...
tú me quieres con exceso... (Marcando el tú.)

PRISCA. Por lo mismo, esos amores
ni autorizo, ni tolero!
Tu padre tiene la culpa,
que sin oir mis consejos
se empeñó en pasar contigo
este verano en el pueblo
en lugar de ir á *Vichy* (Como se escribe.)
como habíamos dispuesto.
Y si he callado hasta ahora,
ya no callo! (Exasperada.)

LUISA. (Suplicante.) Yo te ruego!...

PRISCA. Te has de casar como debes;
te has de vestir como quiero,
y has de ser, aunque me apures

con suspiros y lamentos,
una persona decente
como tu madre!

PEDRO. (Aparece en la puerta izquierda vestido con esmero y elegancia. Baja al proscenio.)
Qué es esto?

LUISA. (Mamá, por Dios.)
(En voz baja á Doña Prisca.)

PEDRO. Ya reñimos!

LUISA. No, papá!...

PRISCA. Llegas á tiempo!

ESCENA III.

LUISA, DOÑA PRISCA, D. PEDRO.

PRISCA. No hay forma de que esta niña
me entienda; ni los consejos
ni la razon pueden nada
con ella.

LUISA. Yo la prometo...

PRISCA. Despues de vivir tres años
en Madrid y con mi ejemplo,
parecía natural
que ya acostumbrada á aquello,
vivieran en otra esfera
sus gustos y sus deseos.
No señor, aquí la tienes
en plena aficion al pueblo,
mal vestida, mal peinada...

LUISA. Mamá... (Suplicante.)

PRISCA. Y lo peor del cuento,
dando esperanzas ridículas
á quien no ha de ser mi yerno!

PEDRO. ¡Ah!

LUISA. Yo no tengo la culpa.
(Con grave sencillez.)
Si nací aquí ¿cómo puedo
aborrecer sin motivo
mis infantiles recuerdos?
Pláceme cruzar alegre
el monte de juncias lleno,

donde con planta insegura
me llevabais á paseo.
Gozo al recorrer la vega
donde á la Reina del cielo
le tejía yo coronas
con la flor de los almendros.
Y nunca oigo sin sentir
honda emocion en mi pecho,
las campanas de la iglesia
donde cristiana me hicieron.
Si esto es ser necia y ser díscola,
¡ay, madre, mucho lo siento!
pero dudo mucho, madre,
enmendarme con el tiempo.

PRISCA. Poesías! Zarandajas!
Todos los hombres nacieron
en alguna parte, y nadie
deja de vivir por eso
como hoy se vive!

LUISA. La patria
se dice que es lo primero!

PEDRO. (Con gravedad cómica.)
Hoy no hay patria!

PRISCA. (Á Luisa.) Ya lo oyes!

LUISA. ¡Es que como yo no entiendo
de esas cosas!

PEDRO. Hoy la patria
del hombre es el universo!

LUISA. (Con triste ironía.)
¡Algo grande me parece!

PRISCA. Ademas, lo que no debo
consentir es que confies
en tu boda con Alberto.

LUISA. Tampoco eso es culpa mia!
Si ustedes crecer nos vieron
juntos, y siempre alentaron
nuestro santo amor primero;
si de unirnos algun dia
de ustedes nació el proyecto,
y esa idea placentera
acariciar nos han hecho;
si ustedes me han mantenido

en ese error halagüeño,
he de olvidar yo en un dia
lo que aprendí en tanto tiempo?

PRISCA. Pues hemos hecho muy mal,
y de ese error me arrepiento!
¿Qué ideas tienes del mundo?

LUISA. Yo... las que aprender me hicieron
de niña!

PRISCA. Ya eres mujer,
y hay que variar por completo.
Hemos vivido en la córte
tres años... ¿estás? y en ellos
el trato y la educacion
realce han dado á tu mérito.
Sabes música, dibujo,
francés.

PEDRO. Estaría bueno
que enterraras en Jadraque
tu trabajo y mi dinero!
Ademas, mi posicion
ya es otra! Tengo proyectos
fundados en un enlace
brillante, y alcanzaremos
por él lo poco que falta
á nuestra dicha.

LUISA. (Sollozando.) ¡Ya veo
que no me queda esperanza!

PRDRO. ¿No comprendes que todo eso
es por tí? ¿Querrán tus padres
más que tu bien? Nuestro anhelo
es por tu felicidad,
y esa aqui no existe; ¡créelo!
Allí la fortuna brinda
porvenir más lisonjero,
y con el favor y el oro
es feliz quien quiere serlo!
Ahora tienes pocos años,
no conoces los misterios
de la vida, y arrastrar
te dejas al sentimiento.
Pero créeme, hija mia,
todo pasa con el tiempo,

y sólo lo *positivo*
es lo que queda!

LUISA. Por eso!
Si aquí positivamente
mi dicha futura veo;
si aquí mi ventura existe,
¿á qué ir á buscarla lejos?

PEDRO. Vamos! no hagas que me enfade.

PRISCA. Nada; á Madrid al momento!
Yo quiero que seas dichosa,
(D. Juan entra por el foro.)
y si por tus desaciertos
no quieres serlo de grado,
tendrás por fuerza que serlo!

ESCENA IV.

LUISA, DOÑA PRISCA, D. PEDRO, D. JUAN, por el foro derecha.

JUAN. Que es la manera mejor.

PRISCA. (Con un gesto de disgusto.)
Ah!

PEDRO. Eres tú?

PRISCA. (Ap. á D. Pedro.) (Verás qué pronto
escarmiento yo á este tonto.)
(Pausa. D. Juan se sienta á la derecha: D. Pedro queda en medio: Doña Prisca de pie á su lado, y Luisa, en segundo término, enjugándose los ojos con un pañuelo.)

PEDRO. Ya va aflojando el calor!
(Despues de mirar al cielo.)

JUAN. Pensais en marcharos?

PEDRO. Sí!
ya ves!... mis negocios!

JUAN. Ah!
Todo Madrid estará
ya preguntando por tí!

PEDRO. Tanto como eso!... (Con sonrisa forzada.)

PRISCA. (Con decision.) Sí tal!

JUAN. Y por usted sobre todo!...

PRISCA. Vamos!... (Si yo me incomodo!...)

JUAN. Cosa más original!

¡Quién había de decir
que mi buen Pedro García
en Madrid alcanzaría
gozar, brillar y lucir!
¡Ni quién pudiera creer
que doña Prisca Bolaños,
que ha sido aquí tantos años
una excelente mujer,
fuera al final de su vida,
pasada aquí casi toda,
una reina de la moda...
enmendada... y corregida!
¡Cómo la que era aquí ántes
entendida labradora,
sabe en Madrid ser ahora
diosa de los thes danzantes,
y dar los extraordinarios
sublimes y vaporosos
chocolates bulliciosos
y refrescos literarios!
Cuando en pensarlo me abismo
me pregunto por qué modos...

PRISCA. Eso prueba que no todos (Con intencion.)
podrían hacer lo mismo.

JUAN. Tiene usted mucha razon,
y eso me da en qué pensar!
Ayer coger y sembrar
era su única aficion.
Colgar uvas y melones
sus exclusivos placeres. .
¡el diablo son las mujeres
para estas transformaciones!

PRISCA. Su burlona amenidad
destruir no puede el hecho!

JUAN. Perdone usted el derecho
que se abroga mi amistad.
Y aunque algo las uñas saque
hay que tolerarme así:
¡como la he visto á usté aquí
treinta años sin miriñaque!

PRISCA. (Á D. Pedro.) (¡Trato de pueblo; ya ves
qué ameno y qué divertido!)

JUAN. ¡Qué temprano te has vestído
de la cabeza á los piés! (Á D. Pedro.)
PEDRO. La costumbre!
JUAN. Y piensas irté?...
PEDRO. Muy pronto. Ya el veraneo
me va cansando.
JUAN. Lo creo,
aquí tienes que aburrirte!
PEDRO. Sólo pienso en el viaje!...
Los primeros dias buenos!
PRISCA. (Con intencion.)
Ya hace seis dias lo ménos
que tengo hecho el equipaje!
JUAN. Esta vida es solamente
para aquel que se contenta
con comer su pobre renta
tranquilo é independiente!
PEDRO. Justo. Aquel que ya ha alcanzado
ser en el mundo algo más,
no se acostumbra jamás
á esta quietud de buen grado.
Y ¿cómo tú, que llegaste
á coronel en la guerra,
puedes vivir en tu tierra
lo mismo que la dejaste?
JUAN. Qué quieres? Aquí tú y yo...
y esta señora... nacimos,
y hasta que veinte cumplimos
ninguno de aquí salió.
Tocóme la suerte un dia
de ir, exponiendo mi pecho,
á sostener el derecho
de tu reina y de la mia,
y en vez, como otros mejores,
de sucumbir ignorado,
yo llegué, grado tras grado,
á la gloria y los honores!
Y satisfecho se halla
mi amor propio á no dudar;
pues que los supe alcanzar
en los campos de batalla.
Con mi sangre los reguá

que de ella avaro no fuí,
y mis heridas cubrí
con las cruces que gané!
Glorias de la patria mia (Con entusiasmo.)
serán hoy como mañana,
las de Morella y Luchana,
Bilbao y Mendigorría!
¡No era entónces como ahora (Con desaliento.)
presa nuestra pobre España
de la política saña
que la esquilma y la devora.
En dos bandos decididos
y peleando arrojados,
estábamos obcecados,
pero no prostituidos.
*Ningun español había [1]
*que soñara en arrojar
*al Redentor de su altar
*y al rey de su monarquía!
Hoy que alumbran otros soles
universales y santos,
se divide España en tantos
partidos como españoles.
Y la madre patria al ver
que su situacion es grave,
está hoy... que ya no sabe
á qué hijos atender!... (Pausa.)
Perdona la digresion (Á D. Pedro.)
á que el asunto se presta,
y no tomes por respuesta
mi larga disertacion!
Cesó la lucha cruel
y á mi pueblo me volví,
viéndome rico con mi
retiro de coronel.
Mi esposa murió en mi ausencia
bendiciéndome y llorándome,
y como sabeis, dejándome
un hijo por toda herencia.

---

1 Esta redondilla se ha suprimido en la representacion.

Y yo en vez de ambicionar
empleos y posicion,
cifro toda mi ambicion
en la calma de mi hogar.
Hoy soy lo mismo que fuí,
y en esta calma dichosa,
si Dios no manda otra cosa,
moriré donde nací!

PRISCA. Qué lástima! ya sería
general!

PEDRO. Qué mal has hecho!

JUAN. Viviría muy estrecho:
no caben más en la guía!

PEDRO. Estando yo en tu lugar
nunca hubiera vuelto aquí!

JUAN. Ya! tu ambicion!

PEDRO. Hombre, sí!
no lo puedo remediar!
Desde que en hora bendita
mi mujer me aconsejó
ir á Madrid, miré yo
mi suerte en el cielo escrita!
Aquel vivir indeciso,
aquel bulle—bulle eterno,
que muchos llaman infierno
y yo juzgo paraiso;
aquella inquietud constante
en que el tímido se estrella,
aquel oropel, y aquella
existencia exuberante,
llenan con su variedad
el corazon y el espacio:
allí tiene su palacio
la humana felicidad.

PRISCA. Y aquello es vida, señor!
¡Bailes, teatros, paseo,
lujo, carruajes, recreo!...
¡no hay tiempo para el dolor
De la hermosura vasallos
ve la mujer sin escollos
la cháchara de los pollos,
la gravedad de los gallos!

¿Qué mujer tiene pasiones
si gasta su vida toda
en adoptar de la moda
las cien mil transfoamaciones?
Allí no hay penas ni duelo!
yo soy su eterno adalid.
¡Desde Madrid... á Madrid,
y desde Madrid... al cielo!...
(D. Juan se levanta y coge la mano á Luisa, que está conmovida.)

JUAN. Ven aquí!... tus padres son
y solo anhelan tu bien!
no se acuerdan que tambien
han tenido corazon!

PRISCA. (Con ira.) Usté con sus aprensiones
en el error la mantiene!

JUAN. ¡Como la pobre no tiene
aquí tantas distracciones!

PRISCA. Yo haré que su genio tuerza
aunque me llore y se altere

JUAN. Ya sabe ella que usted quiere
hacerla feliz... por fuerza!

PRISCA. Y lo será!

JUAN. Cómo no!

PRISCA. Olvidará lo pasado! (Con intencion.)

JUAN. Si ya lo tiene olvidado!

PRISCA. Pues se lo haré olvidar yo!

JUAN. Ahijada! cómo ha de ser!
sé feliz con tu mamá...

PRISCA. Sí señor, que lo será!

JUAN. Vecinos!... hasta más ver!

ESCENA V.

DICHOS, un CRIADO por la puerta izquierda con cartas y periódicos.

CRIADO. El correo!

PEDRO. Pues yo entro...
(Cogiendo las cartas.)

JUAN. (Quién á esta furia aconseja?)

PRISCA. ¿Adónde está la bandeja?

(Al Criado, cogiendo los periódicos.)

CRIADO. Con los vasos allá dentro...

PRISCA. Se te ha olvidado servir?...

CRIADO. Yo creí que en el lugar. (Con desden.)

PRISCA. Que no te vuelva á pasar!

LUISA. (Padrino!) (Deteniendo á D. Juan.)

JUAN. (Ap. á Luisa.) (Y qué he de decir?
con tu madre no te estrelles!)

PEDRO. Adios, Juan.
(Entrando en la casa seguido del Criado.)

JUAN. Adios!

PRISCA. (Saludando con frialdad.) Amigo!...
Niña! ven á leer conmigo
el Journal des demoiselles!
(Entran en la casa Doña Prisca y Luisa.)

ESCENA VI.

D. JUAN, en seguida ALBERTO.

JUAN. ¡Locos, y locos de atar!
¡Pobre chica! en vano invoco
para tí!...

ALB. Padre!

JUAN. (Suspirando.) (¡Otro loco!)

ALB. Te vas? dónde...

JUAN. Á pasear!

ALB. No están?

JUAN. Leen los *Journales*,
como dice doña Prisca!

ALB. ¿Está hoy ménos arisca?

JUAN. Quieres evitar dos males? (Sin oirle.)

ALB. Yo!...

JUAN. Figúrate, hijo mio,
que á Luisa nunca has amado!

ALB. No puede ser! la he jurado
consagrarla mi albedrío!

JUAN. Y no adivinas, Alberto,
que sus padres no son ya
lo que eran ántes?

ALB. Quizá!

JUAN. Y que no eres rico?

ALB. Es cierto!
y no les falta razon.
JUAN. Mejor es que no te aflija...
ALB. Anhelan para su hija
un hombre de posicion.
JUAN. Pues la tuya...
ALB. Lo será!
eso venía á decirte!
JUAN. Ah! tú tambien quieres irte?
ALB. Un año me falta!
JUAN. Ya!
ALB. Cuando acabe mi carrera
me lanzo al mundo!
JUAN. ¡Bien hecho!
ALB. Y seré hombre de provecho
como ya lo es hoy cualquiera!
JUAN. Ah! tú esperas...
ALB. No lo sé...
pero hay política, prensa,
y donde ménos se piensa... (Con burla.)
JUAN. Salta la liebre!...
ALB. Sí á fe!
JUAN. Cuando Adan, ¡santo varon!
por mera glotonería
recibió su cesantía
de Rey de la creacion,
nos dió á todos á entender
que el que está bien, y en su error
ambiciona estar mejor,
lo suele echar á perder.
ALB. ¿Hace mal el que desea
lograr fama merecida?
He de ser toda mi vida
un abogado de aldea?
JUAN. No; si tienes vocacion,
y la ilusion no te engaña...
ALB. Padre, nunca cierra España
sus puertas á la ambicion.
JUAN. Las abre el que puede más...
por qué llegar á esas puertas?
ALB. La audacia las deja abiertas
y entra el mérito detrás!

¡Madrid sus brazos me tiende!

JUAN. Mortal puede ser su abrazo!

ALB. En la vida que me trazo
yo me entiendo, y Dios me entiende!
Allí la suerte oportuna
siempre se da al que la asalta,
y nunca él éxito falta
al arte de hacer fortuna.
Allí en plétora incesante
siempre hay, si se le conquista,
porvenir para el artista,
cariño para el amante,
oro para el avariento,
sitio para la experiencia,
aplausos para la ciencia,
coronas para el talento.

JUAN. Y un magnífico hospital
(Con triste gravedad.)
para el que tuerce el camino,
y un rico San Bernardino,
y un presidio y un canal!...

ALB. Padre!... (Turbado.)

JUAN. Á mi experiencia escucha!
con resplandores que ciegan,
sólo se ve á los que llegan,
no á los que han muerto en la lucha.

ALB. Por ese temor pueril
no se moviera ninguno!
Ello es que llega alguno!

JUAN. Uno por cada cien mil!
En fin, si es cosa corriente
que en esta fiebre social,
todos llamen este mal
á tener lo suficiente,
si hoy con el fuego infecundo,
en que puede que te abrases,
todos pretenden ser ases
en la baraja del mundo...
¡Cúmplase pues tu destino
aunque tu marcha me aterre!
¡No seré yo quien te cierre
las barreras del camino!

ALB. Padre!
JUAN. Basta! ya hablaremos!
ALB. Llevando yo tu permiso!
JUAN. Ténle si te es tan preciso.
Lo que tú quieras haremos.
(Al ir á marcharse por el foro, entra el Marqués en escena en traje elegante de camino.)
ALB. Toma mi brazo. (Á D. Juan.)
MARQ. Aquí es!
¡qué tranquila soledad!
¿Están por casualidad?
(Preguntando á Alberto y reconociéndole.)
Alberto!
ALB. Señor Marqués!

ESCENA VII.

D. JUAN, ALBERTO, el MARQUÉS.

Usted por aquí?
MARQ. Sí tal!
traigo una grave noticia!
JUAN. Triste? (Con interés.)
MARQ. No; casi propicia!
JUAN. Entónces... (Retirándose.)
MARQ. (Observando á D. Juan.) (¡Qué original!)
ALB. Adios! (Al Marqués.)
MARQ. Adios!
(D. Juan y Alberto se van por el foro derecha.)
Pero adónde
se ocultan?... (Examinando la escena.)
PEDRO. (En la puerta.) Qué es lo que miro?
Marqués! (Bajando al proscenio y abrazándole.)
MARQ. Don Pedro!
PEDRO. Otro abrazo.
Prisca. (Llamando: ésta sale por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ELM ARQUÉS, D. PEDRO, DOÑA PRISCA.

PRISCA. Marqués! bien venido!

¿á qué debemos la honra?

MARQ. Traigo un asunto urgentísimo!
Su primo de usted, Antonio,
está enfermo de peligro
y quiere verle al instante.

PEDRO. Ya sabe usted que mi primo
y yo nos tratamos poco!
Si es cierto que él se ha hecho rico,
no ha querido dejar nunca
su tienda de ultramarinos,
y eso me perjudicaba (Con desden.)
en mis planes.

MARQ. Pues amigo,
ahora el caso es diferente!
Como él sabe que yo he sido
su Mentor de usted, anoche
mandó llamarme y me dijo:
«Voy á hacer mi testamento,
ver á Pedro necesito,
pues es mi único pariente
y mi heredero!»

PRISCA. (Con alegría.) Qué he oido!
y te deja su fortuna!

MARQ. Y gorda! Millon y pico...

PRISCA. Es un sujeto excelente! (Conmovida.)

PEDRO. ¡Si yo siempre le he querido!
sus ideas eran raras,
mas su corazon bellísimo!

MARQ. Conque aprovechando el tren
podemos ir ahora mismo!

PRISCA. Pues vámonos juntos todos!

PEDRO. Bien! ya estaba decidido
irnos dentro de unos dias!

PRISCA. El equipaje está listo.
Luisa! (Llamando.) Es cosa de un momento!
Pobre Antonio! con permiso!
(Se va por la puerta de la izquierda rápidamente.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, el MARQUÉS.

PEDRO. Mejor es! (Reflexionando.)
MARQ. Pero no veo
de ese viaje el motivo!...
Hoy podíamos ir solos
y ellas despues...
PEDRO. Es lo mismo!
Ademas, ya están las pobres
del pueblo hasta... Usted ha ido
este año...
MARQ. Á San Juan de Luz.
PEDRO. Ya!... y el médico, qué ha dicho?
(Con interés egoista.)
es cosa grave?...
MARQ. Muy grave,
dos dias ó tres...
PEDRO. Qué ha sido?
MARQ. Creo que una pulmonía!...
PEDRO. Ya estaba él delicadillo!
y le ha dado á usté á entender...
MARQ. No, bien claro me lo ha dicho.
PEDRO. Pobre Antonio! Andrés! (Llamando.) La vida
no vale... Andrés! (Llamando más fuerte.)
CRIADO. (Por la izquierda.) Señorito!

ESCENA X.

DICHOS, el CRIADO.

PEDRO. Mi neceser, mi maleta,
nos vamos!
CRIADO. (Alegre.) Ya lo he oido
á la señora!...
PEDRO. En el tren
de las diez!
CRIADO. (Sonriendo.) Estará listo!
MARQ. Alegre estás!
CRIADO. Ya ve usía!
siempre en Madrid he servido!

y tres meses aquí... (Con horror.)

PEDRO. Basta!

(El Criado se va por la izquierda.)

ESCENA XI.

D. PEDRO, el MARQUÉS.

MARQ. Y Luisita? aún no la he visto!

PEDRO. Con la marcha están las dos...

MARQ. Sigue bien?

PEDRO. Siempre lo mismo!

MARQ Tan bella y tan elegante!...

PEDRO. Aquí siempre hay más descuido.

MARQ. Pues su mamá estaba hoy!...

PEDRO. Y el papel?

MARQ. Al treinta y cinco;
pero se hace poco ó nada!...

PEDRO. El oro está retraido!...

MARQ. He visto á Alberto al entrar!

PEDRO. Está aquí siempre, es vecino...

MARQ. Y sigue con su esperanza?

PEDRO. Yo no sé! jamás me ha dicho...
y ha hecho bien. Esa es la causa
(Confidencialmente.)
principal de haber querido
mi esposa marcharnos pronto.

MARQ. Hola! ya!

PEDRO. Ese pobre chico
se ha criado con mi hija,
y se ha formado castillos
en el aire!...

MARQ. Ya!

PEDRO. Su padre
sólo tiene lo preciso
para vivir, y nosotros
esperamos un partido
más ventajoso...

MARQ. Está claro!

PEDRO. Ella es bonita!... yo rico!...
y no hemos de ir á entregársela
á un cualquiera.

MARQ. Convenido!
PEDRO. Así es, que sin romper
con ellos...
MARQ. Justo!
PEDRO. Eludimos
el riesgo.
MARQ. Está bien pensado.
Y ella?
PEDRO. Aún no tiene juicio
para pensar... ni conoce
el mundo! Si daba oidos
á ese infeliz, sólo era
por costumbre ó por capricho...
Pero eso... ya ve usted!

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA PRISCA, con un sombrero calañés de viaje y LUISA detrás. Luégo el CRIADO con cabás, neceseres, etc.

PRISCA. Aquí estamos. No ha podido
ser más breve nuestra vuelta!
MARQ. Señorita! ya he tenido (Á Luisa.)
el honor de preguntar.
LUISA. Señor Marqués!
(Conteniendo apenas su emocion.)
PRISCA. (Ya te he dicho (Ap. á Luisa.)
que te contengas, al ménos
delante de gentes!) Chico! (Al Criado.)
Diego y Martin llevarán
los equipajes!
LUISA. (¡Dios mio!
(Mirando á todas partes.)
y sin verle! pero en fin,
él irá... lo ha prometido!)
PRISCA. Tú con nosotros. (Al Criado.)
PEDRO. En marcha!
Pero... no nos despedimos? (Deteniéndose.)
PRISCA. ¿Para qué son las tarjetas?
MARQ. Cierto!
(D. Pedro saca de su cartera varias tarjetas que coloca sobre el velador.)

PRISCA. Y que no hemos podido...
que las reparta Martin
cuando vuelva! El abanico,
(Examinando lo que lleva el Criado.)
el cabás! el neceser...
ea! ya está todo listo!
(D. Juan y Alberto cruzan por el foro.)

PEDRO. Aquí quedan... Ah! Juan, pasa!

PRISCA. Déjale!

PEDRO. No: es buen amigo
y no quiero que hable luégo...
Juan!
(Llamándole. Entra D. Juan y Alberto.)

ESCENA XIII

DICHOS, D. JURN, ALBERTO.

JUAN. ¿Qué es eso? ya partimos?

PEDRO. Sí!

PRISCA. (Con intencion.)
Nos espera una herencia.

JUAN. Pero con tal prisa!

PEDRO. Hijo!
ya ves, cuando la fortuna...
no!... la desgracia...

JUAN. Es lo mismo!

ALB. (Con tristeza.)
Se van ustedes!

PRISCA. Por fuerza!
Un primo de mi marido
le ha nombrado su heredero!
Es millonario!

ALB. (Á Luisa como despidiéndose.)
(Contigo
va mi corazon!)

LUISA. (Te espero!)

PRISCA. Ya se despiden los chicos;
(Al Marqués, dominándose.)
como juntos se han criado!

MARQ. Vuélvase usted... ese abrigo...
(Cogiendo el abrigo de Prisca.)

ALB. (Á Luisa.)
(Para conseguirte es fuerza
luchar!... me haré de tí digno!
fia en mí!)
LUISA. (Te amaré siempre!
Qué feliz hubiera sido!)
PEDRO. (Á D. Juan.)
Ya sabes que cuanto quieras!...
JUAN. Yo de nada necesito!
Sed felices!
(Se despide de Luisa afectuosamente.)
MARQ. (Saludando á D. Juan.) Caballero!
UAN. Adios!
PRISCA. Mi baston! Qué olvido!
Tráemelo, Andrés!
(El Criado entra en la casa.)
NARQ. (Á Doña Prisca.) Las carreras
de caballos son el cinco!
PRISCA. ¡Y estamos sin amazonas!
mira tú qué compromiso. (Á D. Pedro.)
JUAN. (Ap. á Doña Prisca.)
(Yo tengo allí, si usted quiere,
unas botas.)
PRISCA. (Furiosa.) Siempre fino!
(Vuelve el Criado con el baston.)
(Gracias á Dios y á mi suerte
que ya del pueblo salimos!)
CRIADO. (Gracias á Dios que dejamos
este villorrio maldito!)
(Se van por el foro. Doña Prisca del brazo del Marqués; Luisa del de D. Pedro, mirando sin cesar á Alberto: el Criado detrás.)

ESCENA XIV.

D. JUAN, ALBERTO.

ALB. Padre! yo me voy mañana!
JUAN. Ya lo sé! (Con calma.)
ALB. No hay que temer!
JUAN. Hijo!
ALB. Querer es poder!

y es corta la vida humana!
Quiero buscar lo mejor
sin pensar en los que mueran!

JUAN. Haces bien!

ALB. Allí me esperan
la fortuna y el amor!

JUAN. Cruza, pues es tu deseo
el bravo mar agitado,
aunque yo no esté á tu lado
sabe bien que en tu alma leo.
Que nada puedo aprobar
cuando en la virtud no estriba,
y que no se borra arriba
la manera de llegar!
No puedo darte otra cosa
que mi honra inmaculada;
si en esa lucha agitada
audaz el vicio te acosa,
piensa que aún puede tu padre (Con ternura.)
morir de pena y de duelo,
¡y que honrada desde el cielo
(Con solemnidad.)
te está mirando tu madre!
(Alberto se echa en brazos de D. Juan. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Pedro, en Madrid. Muebles ricos y elegantes. Puerta al fondo y laterales. Sillones, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA PRISCA, D. PEDRO.

La primera de pie: el segundo sentado á un velador, examinando varios papeles de su cartera, con preocupacion y con un lapiz en la mano.

PRISCA. Y no hay que perder el tiempo,
la ocasion la pintan calva,
y no vuelve á ver al tonto
que llega á desperdiciarla!
PEDRO. Yo ya lo he hecho todo...
PRISCA. Pues
lo más grave es lo que falta!
Ni reflexiones, ni ejemplos,
ni súplicas, ni amenazas
han podido conseguir
que responda una palabra.
Todo se la vuelven ayes,
suspiros, síncopes, lágrimas,
y cada vez que de hacerla

entrar en razon se trata,
hay un disgusto terrible!
Pero... no me atiendes?...

PEDRO. (Preocupado.) Calla!
estaba haciendo una suma!
son veinticinco... las láminas (Para sí.)
del personal... eso es!
si hoy sube el tres en la plaza...
Decías! (Saliendo de su distraccion.)

PRISCA. Que ya te toca
tomar en el juego cartas!

PEDRO. (Recogiendo sus papeles.)
Hija!... sabes que yo no
tengo tiempo para nada...
Cuando el Marqués me propuso
tan ventajosa alianza,
le dije: «Por mí, corriente;
pero las cosas de casa
son de mi mujer; á mí
con las de afuera me bastan.»

PRISCA. Pero da trégua á lo ménos
á tu locura, á tu ansia
denegocios hoy!

PEDRO. Aquí
el infeliz que se para
y no va al dia y al pelo,
se expone á perderse! Nada!
Tú con tu hija...

PRISCA. Mas...

PEDRO. (Volviendo á reflexionar.) Cero...

PRISCA. Pero hombre, á lo ménos háblala!

PEDRO. Bien, lo haré; si con mujeres
no hay manera...
(Levantándose y guardando la cartera.)

PRISCA. Ella está mala,
créeme...

PEDRO. Pues llama al médico.

PRISCA. Luégo saldremos mañana;
con que son los nervios...

PEDRO. (Con indiferencia.) Ah!
Pues entónces... ¡qué muchacha
más inconcebible!... tiene

cuanto pudiera halagarla...
lujo, carruajes, teatros,
dinero, trajes, alhajas!...
y no está contenta!

PRISCA. Yo
creí que se la pasara
cuando indiqué á Albertito
que no volviera á mi casa...
Pues no señor, cada dia
más intratable...

PEDRO. Si tratas
de que la hable, date prisa,
tal vez no podré mañana!...
Digo! las once! (Mirando el reloj.)

PRISCA. (Con mal humor.) Que esperen
los demas!

PEDRO. Sí! cuando vaya
tarde á un negocio... diré:
«mi esposa...» ¡bonita cara
pondrían mis asociados!
Para el hombre que se lanza
al mundo de los negocios,
la familia es una traba
insoportable!

PRISCA. Pues hijo,
se nos pasan las semanas
casi sin vernos!

PEDRO. Para eso
os dejo libertad amplia
de paseos y visitas!
Vamos! (Dándola prisa.)

PRISCA. (Llamando.) Luisa!—Y que no vayas
á echarlo á perder! ya sabes
que su estado...

PEDRO. Solo falta
que tú me pidas por ella!
despues de obligarme... (Sale Luisa.)

PRISCA. (Á D. Pedro con rapidez.) (Calla!)

ESCENA II.

DOÑA PRISCA, D. PEDRO, LUISA por la izquierda.

LUISA. Mamá!...
PEDRO. Buenos dias, niña!
LUISA. (Colocándose en medio.)
Ah! usted...
PRISCA. Tu padre te llama!
LUISA. Á mí! (Con extrañeza.)
PEDRO. Sí; esto en mí es nuevo...
sabes que el tiempo me falta
para todo!... pero hay casos
en que es fuerza, por desgracia,
tomar parte! Mis negocios
y mis empresas me arrastran
al torbellino incesante
de una existencia agitada,
y no puedo detenerme
á mirar lo que hay en casa!
Hoy, sin embargo, me obligan
especiales circunstancias
á hablarte un poco... aunque pierda
lo mejor de la mañana!
¿Crees que no te queremos?
LUISA. ¿Cómo no?
PEDRO. ¿Por quién trabaja
así tu padre? ¿por quién
no sosiega ni descansa
para aumentar su fortuna;
para que diga la fama,
Pedro Garcia es el rey
de la Bolsa y de la Plaza?
LUISA. Si es por mí yo juro á usted
que sin motivo se afana...
PEDRO. Por qué?
LUISA. Si yo era dichosa
cuando usted con su labranza
tenía bastante...
PRISCA. (Sin poder dominarse.) Vamos!
PEDRO. Deja! (Á Prisca.) Tú, niña mimada (Á Luisa.)

no entiendes el mundo...

LUISA. (Con amargura.) Puede!

PEDRO. Pasó aquel tiempo! Mi escasa
fortuna, que con la herencia
de mi primo ví doblada,
aún era para tí poco!
Yo he querido que llegáras
á ser gran partido, y casi
lo eres ya!

LUISA. Pues yo pensaba
que usted con verme feliz
tenía bastante!...

PEDRO. Vaya!
pues por eso darte un dote
magnífico procuraba!
(Con íntima y cariñosa expansion.)
Ya le tienes! sin dejar
por eso exhausta mi caja,
puedo darte... dos millones!
y ahora... sigues disgustada?
quieres más?

LUISA. Ni mucho ménos!
Si Dios me oyera, mañana
estábamos arruinados! (Con entereza.)

PRISCA. Qué?

PEDRO. Pues hija, muchas gracias!

LUISA. La pobreza nos daría
todo lo que aquí nos falta!

PRISCA. Oyes?

LUISA. Lo que la riqueza
con su mano despiadada
se ha llevado de ventura,
de bienestar y de calma!
Siendo pobres volveríamos
á mirarnos en la santa
intimidad de la vida!
No pasarían semanas
enteras, como hoy, sin casi
dirigirnos la palabra!
No pasaría mi madre
tantas noches hasta el alba
sin cuidar de su salud

por ver á gentes extrañas!
No viviría mi padre
presa de mortales ánsias
por si en el Gobierno hay crisis,
por si el papel sube ó baja!
Siendo yo pobre, tendría
gozo en arreglar mi casa,
que no porque humilde fuera
nos sería ménos grata!
Siendo ella pobre, vería
que su hija es desgraciada!
Siendo usted pobre, tendría (Conmovida.)
tiempo de secar mis lágrimas!

PRISCA. Lo de siempre! Pues hijita,
por fortuna no se trata
de pedir limosna! estamos?
Somos ricos, y nos llama
por otro camino el mundo!

PEDRO. Cierto!

PRISCA. En fin, ya está tratada
tu boda con el Marqués.
Es noble, rico, te ama,
y es el socio de tu padre
en grandes empresas. Nada
de discusiones inútiles.
Tiene ya nuestra palabra!
Tú no quieres ser dichosa!
Justo es que tus padres hagan
su deber, para que luégo
nos dés tú misma las gracias!

LUISA. Pero si yo no le amo!

PEDRO. Todas esas son palabras
que se oyen en las comedias,
y no hay en la vida práctica.
Ya le amarás con el tiempo!

LUISA. Amo á otro!...

PRISCA. Si su casa
es como la nuestra?... (Con ironía.)

LUISA. Ustedes
saben que no! (Con amargura.)

PEDRO. No me hagas
olvidar lo que te quiero

con esas extravagancias!

LUISA. Pero ustedes no se amaron!

PEDRO. Sí; mas no había distancias
entre nosotros. Los dos
eramos iguales; nada
teníamos!

LUISA. ¡Qué dichosa
sería su boda!

PRISCA. Basta
de necedades! queremos
tu dicha: está asegurada
con el Marqués, y tu padre...

PEDRO. Te lo ruega... y te lo manda!

LUISA. ¡Ay de mí! (Bajando la cabeza.)

PEDRO. Verás qué boda!

PRISCA. ¡Magnífica!

PEDRO. No te vayas
á figurar que queremos
vivir sin tí! Pondrás casa,
porque es fuerza; pero aquí
vivirás siempre!

PRISCA. No hagas
más tonterías! ¿queremos
para tí algo malo? Nada!
No sacarás nada en limpio!

PEDRO. Ea! adios! Cuando te hayas
tranquilizado hablaremos!
Qué dirán de mi tardanza
los accionistas!... Adios!
y tú... (Á Prisca.)

CRIADO. El Marqués de Torralba!
(Anunciando en el foro.)

PRISCA. Límpiate los ojos. (Á Luisa con rapidez.)

PEDRO. (Yendo á recibirle.) Cómo?
tan temprano por su casa?

ESCENA III.

DOÑA PRISCA, LUISA, D. PEDRO, el MARQUÉS.

MARQ. Se ha esperado media hora,
y como usted no llegaba...
(Acercándose á saludar á las señoras.)
Siempre elegante! (Á Prisca.) Luisita!...
PRISCA. La tenemos algo mala,
y por eso su papá
no ha podido... (Vamos, habla!) (Á Luisa.)
LUISA. Cierto... (Dominándose.)
MARQ. No ha venido el médico?
PRISCA. Son vahidos!... y se pasan
pronto; pero usted comprende,
¡hija única!
MARQ. Y de tanta
valía!
PEDRO. Yo ya estoy listo!
MARQ. Yo he tomado la palabra
y les he dicho que en vista
de que no haríamos nada
en su ausencia, se suspende
la sesion hasta mañana!
PEDRO. Por vida de!...
MARQ. Hoy lo primero
es su hija! Aquí le llama
el deber!
LUISA. Sí... ya estoy buena!
MARQ. Es su salud harto cara
para todos, y debemos (Con intencion.)
cuidarla mucho!
(D. Pedro ha vuelto á arreglar papeles al velador
LUISA. Mil gracias!
PRISCA. Siempre atento!...
MARQ. (Ap. á D. Pedro.) (Indicó usted
á la niña?...)
PEDRO. (Preparada
está ya.)
MARQ. (Puedo arriesgar...)
PEDRO. (Sí...) Mientras ustedes hablan

voy á ver si están corrientes
estos títulos! Me aguardan
luégo en la Peninsular!...
(Se sienta y extiende sobre el velador muchos papeles.)

MARQ. Qué actividad! si eso pasma!...
es el rey de los negocios!
y qué suerte! cuanto pasa
por sus manos se convierte
en oro! tiene una práctica,
un golpe de vista, un cálculo!...

PRISCA. Él no sosiega... ni para...

MARQ. Y esta tarde... adónde?...

PRISCA. Ayer
por la noche se pensaba
ir hoy á la exposicion
de pinturas...

MARQ. Sí; hoy la entrada
es pagando... pues iremos...

PRISCA. Pero usted por la mañana
está libre?...

MARQ. De la Bolsa
iré allí, si es que se halla
en estado de salir
Luisa.

PRISCA. Si nos acompaña
usted, ella hará un esfuerzo.

LUISA. (Qué suplicio!)

MARQ. Fuera tanta
mi dicha, á ser eso cierto!

PRISCA. ¡De veras!

MARQ. No es para chanzas
mi genio, y ustedes saben
que mi más dulce esperanza
es merecer algun dia
su... amistad!

PRISCA. Las cosas claras,
Marqués; se lo he dicho todo.

MARQ. Ah!

PRISCA. Sabe que usted la ama,
y que el honor nos ha hecho
de pedir su mano!

MARQ. Vana
es mi timidez entónces.
Es verdad, Luisa; sus gracias,
su juicio, su buen carácter
han encendido en mi alma
un amor tan verdadero
como profundo!

PRISCA. (Y aún callas!)

LUISA. Yo...

MARQ. No exijo una respuesta
en este instante... se trata
de su porvenir, y es fuerza
pensarlo muy bien: si basta
á su corazon el mio,
suyo es: si por desgracia
para mí, ya no está libre...

PRISCA. Qué dice usted? ¡Pedro!
(Llamándole con impaciencia.)

PEDRO. Aguarda!
soy contigo! treinta mil (Para sí.)
á plazo...

LUISA. Yo no pensaba
ni merezco...

PRISCA. Si sus padres
lo han aprobado, no falta
más que señalar el dia...

MARQ. Pero ántes...

PRISCA. Las muchachas
no entienden de eso!... despues
de su matrimonio charlan!
ya verá usted. .

MARQ. Si eso es cierto...

PRISCA. Pues no lo ha de ser!... Acaba! (Á D. Pedro.)

PEDRO. Voy! voy!...

MARQ. Oh! no hay que contar
con don Pedro cuando se halla
entre números!...

CRIADO. (Anunciando) Don Juan
de Peñalver!

LUISA. Vírgen santa!
mi padrino! (Corriendo á su encuentro.)

PRISCA. (Turbada.) Cómo!

PEDRO. (Volviéndose.) Qué!
PRISCA. Esto sólo nos faltaba!)

ESCENA IV.

DICHOS, D JUAN; el CRIADO se retira.

JUAN. Luisa! (Abrazándola con efusion.)
LUISA. (Ap. á él con emocion y rapidez.)
(¡Á qué buen tiempo viene!)
PEDRO. ¡Querido Juan! (Yendo á su encuentro.)
MARQ. (Saludando.) Caballero!
JUAN. (Apartándose de D. Pedro con frialdad.)
Voy á saludar primero
á Prisca! (Qué cara tiene!)
Está usted encantadora...
(Á Doña Prisca con tono burlon:)
casi rejuvenecida...
PRISCA. Gracias! (Reprimiéndose.)
JUAN. (Á Luisa.) Y qué tal la vida?
LUISA. Muy bien!...
JUAN. (Examinándola.) Por aquí se llora?
PEDRO. Con la alegría de verte!...
Don Juan de Peñalver... (Al Marqués.)
PRISCA. Nada
fué! está ya aliviada...
Y á qué debemos la suerte (Con sorna.)
de verle á usted por aquí?
JUAN. Mi hijo me escribió hace dias
sus triunfos, sus alegrías,
en la villa y córte!...
PRISCA. (Con desden marcado.) Sí?...
JUAN. Y dije, si tantas son,
conmigo las partirá;
y me tiene usted acá!
PRISCA. Nos ha dado un alegron!
JUAN. Lo creo!... y tú, ya me han dicho...
(Á D. Pedro.)
PEDRO. Vamos, con razon te quejas;
no te he escrito...
JUAN. (Sin oirle.) Que manejas
hoy la suerte á tu capricho:
que sin darla tregua alguna

para que pueda cambiar,
has conseguido fijar
la rueda de la fortuna!

PEDRO. Cierto! aunque no tanto, tanto!...

JUAN. Dicen que el que á tí se arrima...

MARQ. Sí!

JUAN. Y llevas á feliz cima
negocios que dan espanto!

PEDRO. El vulgo!... trabajo mucho,
pero he logrado alcanzar...
y aspiro poder llegar
á tener algo...

JUAN. Qué escucho?
no tienes?...

PEDRO. Son desatinos
de la pública opinion!

JUAN. ¿Pues no te dejó un millon
el de los ultramarinos?

PRISCA. (Si digo que este hombre viene!...)

PEDRO. Un millon!... Otro tenía; (Con desprecio.)
pero eso ¿qué es en el dia?
eso cualquiera lo tiene!

JUAN. Cualquiera? Estás divertido!

PEDRO. Sí; cualquiera!... eso ántes era...

JUAN. Pues mira, yo soy cualquiera
y nunca los he tenido!

PEDRO. Tú no eres capitalista!

JUAN. Ni Dios me dé tal castigo!

PEDRO. Es muy extraño mi amigo! (Al Marqués.)

PRISCA. Todo aquel que no conquista
la riqueza, dice ahora
quo es gran vírtud esa falta!

JUAN. ¿Qué pensamiento le asalta
á doña Prisca á esta hora?

MARQ. (Se está burlando!)

JUAN. Y tú, Luisa,
estás contenta?

LUISA. (Turbada.) Yo...

JUAN. (Interrumpiéndola.) Ya!

PRISCA. ¡Digo si no lo estará!

JUAN. Se le conoce en la risa!

PRISCA. Pues.. ibamos á salir...

JUAN. Que serás feliz no ignoro
con ese envoltorio de oro
en que te han hecho vivir!
PRISCA. Lo es... y lo será...
PEDRO. (Ap. á Prisca.) (Por Dios;
está el Marqués y pudiera...)
JUAN. Vaya si está usted hechicera!...
PRISCA. Pues íbamos á ir las dos...
JUAN, Nada; por mí... no hay cumplido!
yo á Pedro tengo que hablar!
PRISCA. (No te dejes ablandar, (Á D. Pedro.)
que es asunto concluido!)
PEDRO. (¡Pues no faltaba otra cosa!...)
El caso es que yo debía...
la Bolsa... (Á D. Juan.)
JUAN. Irás otro dia!...
PEDRO. Hay que ir siempre!
JUAN. Trabajosa
manera de ser dichoso!
PEDRO. Tú no entiendes de estos trotes!...
JUAN. Ahí lleno de papelotes!...
PRISCA. Á usted le gusta el reposo!...
JUAN. Qué! si cuanto más la miro
ménos acierto á entender
que sea esa tu mujer!
PRISCA. Permita usted... me retiro... (Amostazada.)
JUAN. Cuando usted quiera, comadre!
MARQ. (Y quién es?) (Ap. á Doña Prisca.)
PRISCA. (Un militar!...
un amigo del lugar!)
JUAN. (Á Luisa, que se ha acercado para despedirse de él.)
Anda: déjame á tu padre.
Qué distincion... vaya! alabo
su elegancia y su buen gusto...
Se estila esa cola?
PEDRO. Justo!
JUAN. Eso ya no es cola, es rabo!
Yo con las modas me embrollo...
¡poco las modistas huelgan!...
¡Ay, esas cintas la cuelgan!
(Yendo á coger las cintas de Doña Prisca.)
PRISCA. Es el *Sígame usted, pollo*!

UAN. Qué! y lo dice tan ufana...
PEDRO. Como que está en su derecho!
JUAN. Y ese galon tan estrecho?
(Señalando la corbata de D. Pedro.)
PEDRO. Es el *no me da la gana*!
JUAN. ¡Ay!... entender quiero en vano!...
PEDRO. Se llama así! qué te inquieta?
JUAN. Aquí ya ni se respeta
el gusto ni el castellano!...
Siguiendo con esa calma
la nueva tecnología,
esto será el *vida mia* (Señalando al bolsillo.)
y esto el *le rompo á usted el alma*.
(Por el baston.)
PEDRO. Tenemos que obedecer...
MARQ. Lo manda la moda y...
JUAN. Cuando hablen todos así
¿quién diablos los va á entender?
PRISCA. Nosotros!... Conque, don Juan,
vamos á vestirnos!...
JUAN. Bien!
PRISCA. Marqués! (Llamándole.)
PEDRO. Es que yo tambien...
(Preparándose para irse.)
JUAN. (Vengo á hablarte!) (Á D. Pedro con entereza.)
PRISCA. (Al Marqués al irse.) Con afan
le esperaremos!...
MARQ. (Saludándolas.) Señora!
Luisa!...
PEDRO. Marqués!...
MARQ. (Saludando á D. Juan.) Caballero!
Nada! En la Bolsa le espero!
LUISA. (¡Ya tengo esperanza ahora!)
(Doña Prisca y Luisa se van por la puerta de la izquierda.)
PEDRO. Entrónces déle á mi agente...
(Sacando muchos papeles del pecho.)
Estos no son... no... tampoco...
(Saca otra cartera grande del bolsillo de atrás de la levita, hojea los papeles y la vuelve á guardar, sacando otra del otro bolsillo.)
JUAN. Nada! y no se vuelve loco!

PEDRO. Esto es de fin del corriente!
(Saca otra cartera de otro bolsillo.)
diferida... carreteras... (Hojeando.)
JUAN. Hombres más extraordinarios!
PEDRO. Billetes hipotecarios!
(Da unos papeles al Marqués, éste saluda y se va por el foro.)
Ya soy tuyo! cuando quieras!

ESCENA V.

D. PEDRO, D. JUAN, se sienta.

JUAN. ¿Tienes de mí alguna queja?
PEDRO. No tal!
JUAN. La verdad exijo!
PEDRO. No!
JUAN. La tienes de mi hijo?
PEDRO. Yo...
JUAN. Las reticencias deja;
indignas de tí y de mí
las creo en esta ocasion.
PEDRO. Á la luz de la razon
tengo alguna queja...
JUAN. Dí.
PEDRO. Cuando há dos años pasamos
en el pueblo unos tres meses!...
JUAN. Ya!
PEDRO. Sin que tú lo advirtieses
un dia tu hijo y yo hablamos!
Y le dí claro á entender
que distraerse debía,
y que tal vez no podría
mi hija ser su mujer!
JUAN. Lo ignoraba.
PEDRO. Cierto es
que sin licencia de Dios,
en la infancia de los dos
fué nuestro plan... mas despues...
todo en el mundo varía,
y acomodarse es preciso;
ni aquello fué un compromiso...
JUAN. Ni yo por tal le tenía...

Dueño eres, y es natural,
del porvenir de tu hija,
aunque yo sienta y me aflija
que se le busques tan mal!

PEDRO. Esa será tu opinion,
pero la mia... yo insisto...

JUAN. Oh! no estoy tan desprovisto
de criterio y de razon
para venir á obligarte
á que pienses de otro modo!
La justicia ántes que todo;
no tienes por qué alarmarte.
Si es que mi hijo está loco
á tí no te importa nada;
si tu hija es desgraciada
debe importarte muy poco,
pero á Alberto has arrojado
de tu casa sin hablarle,
sin pensar que al injuriarle
su padre era el injuriado!
Y yo te vengo á exigir
que publiques la razon,
y á la pública opinion
no demos más que decir!

PEDRO. Si no es más que eso...

JUAN. No más!

PEDRO. Os satisfaré!... no hablemos...

JUAN. Y de tu casa saldremos
para no volver jamás!

PEDRO. Hombre! yo no he faltado...
no así mi pecho taladres...

JUAN. ¡Qué dirían nuestras madres
que juntos nos han criado,
si al levantar la cabeza
con sus dos almas iguales
vieran lo poco que vales
á pesar de tu riqueza!

PEDRO. Yo...

JUAN. Desde aquella mansion (Señalando al cielo.)
donde no entra el egoismo
y donde valen lo mismo
un ochavo que un millon,

absortas sin duda alguna,
al mirar con ojos fijos
el llanto de nuestros hijos,
maldicen de la fortuna.

PEDRO. Mi trabajo y mis afanes
son para dar á mi hija
el marido que ella exija
dentro siempre de mis planes;
bien puede que allá en el cielo
álguien conmigo esté en guerra,
pero estamos en la tierra,
y ser buen padre es mi anhelo.

JUAN. Tú llorarás algun dia
el llanto que haces verter!

PEDRO. Vaya! esto tiene que ver!
pues hombre, bueno estaría
que porque ella amára á un zote
ó á un bribon, fuera á buscarle
yo mismo para entregarle
sus dos millones de dote!

JUAN. ¿Y quién te habla de dinero,
esclavo infeliz del oro,
si con todo tu tesoro
es más libre un pordiosero?
Envuélvete cuanto quieras
en títulos y en alhajas,
entiérrate en tus diez cajas
con tus cincuenta carteras,
y déjanos á los tres
felices en el lugar
sin saber en qué gastar
sesenta duros al mes!

PEDRO. Si yo salgo por ahí
contando lo que me pasa,
dirán que tengo en mi casa
á un pobre demente!

JUAN. Sí!
y dirán que el juicio pierdo
los que son cual tú; y no pocos!
Lo mismo dicen los locos
cuando los visita un cuerdo!
¿Quién puede en Madrid creer

que García se equivoca,
y que está ya loco, y loca
de remate su mujer?
¡Un hombre que hace dinero
por donde quiera que va...
es un sabio! claro está!
más que Cervantes y Homero!
¿Cómo, á quien la suerte premia,
creerle de juicio romo?
Vamos! si yo no sé cómo
no eres ya de la Academia!

PEDRO. Si aquí el despecho te envía
ó la envidia te hace hablar...

JUAN. ¡Y qué tienes que envidiar,
infeliz Pedro García!
¿Gozas tú acaso un instante
de bienestar y de calma?
¿Qué pasto le das al alma
en tu delirio incesante?
Si tu afan no se concilia
con tu existencia, que es corta;
si no sabes ni te importa
lo que pasa en tu familia!
Si el tiempo te basta apenas
para comer casi en vilo,
y si hasta á sueño intranquilo
en tu fiebre te condenas;
si tiemblas á la noticia
de un cambio de ministerio:
si viviendo en el misterio
das pábulo á la malicia;
si ni una limosna das
por no perder un minuto,
y si no gozas del fruto
que siempre cogiendo estás,
¿no eres tú más desdichado
que el infeliz jornalero
que come un pobre puchero
y duerme en la acera echado?
Quédate á Dios, ¡á gozar!
Y aún te falta lo más grave;
cuando te mueras, Dios sabe

adónde irás á parar!
Porque eso de figurarte
que Dios te oiga con clemencia
cuando en toda tu existencia
de él no has sabido acordarte,
no es cosa muy positiva.
Conque agur! y más no hablemos:
creo que no nos veremos
ni aquí abajo ni allá arriba!

PEDRO. ¡Cómo ha de ser! cada cual... (Algo turbado.)
Me espera el carruaje y... (Levantándose.)
adios!... ya sabes que aquí...

JUAN. Está tu casa? Sí tal!

PEDRO. No te acompaño... (Con prisa.)

JUAN. Anda, vé!...
yo voy despacio!...

PEDRO. Te ruego
que vuelvas!... yo diré luégo...
La verdad es que no sé ..)
(Yéndose procupado por el foro.)

ESCENA VI.

D. JUAN, despues LUISA, por la izquierda.

JUAN. ¡Cuando un hombre á cierta edad
á una pasion obedece,
es inútil apartarle
(Viendo marchar á D. Pedro.)
de su senda! En ella muere!
¡Pobres muchachos! Dejemos
esta casa para siempre,
y que Dios tenga piedad...

LUISA. (Deteniéndole.)
Ah! padrino!

JUAN. (Volviendo.) ¿Qué me quieres?

LUISA. No se vaya usted!

JUAN. ¡Inútil,
hija mia!

LUISA. Usted que puede
hablar con toda entereza
á mi padre!...

JUAN. Ay! en mí tienes
un acérrimo enemigo!
LUISA. Por qué?
JUAN. Si en un tiempo hubiese
podido exigir de Pedro
tu ventura, hoy que rica eres,
aunque él tu mano me diera
para Alberto, que se muere
por tí, yo la rechazara;
te lo juro una y mil veces!
LUISA. ¿Pero he de pagar yo culpas
de mis padres?
JUAN. Razon tienes;
pero así el honor lo exige!
LUISA. Ademas, usted me quiere,
y ya ve que enferma y sola
no puedo afrontar mi suerte!
No quiero, si no es posible,
ser feliz; sí... que se aleje,
lo que usted quiera! pero hoy
otra cosa es más urgente!
Han concedido mi mano
al Marqués! Ellos no advierten
mis lágrimas, y es en vano
que yo pretenda oponerme.
JUAN. Tú tienes un rico dote;
justo es que un título lleves!
LUISA. Padrino, por Dios! si yo
no he pretendido tenerle!
Si Dios nacer me hizo humilde
y pasé feliz y alegre
mis primeros catorce años
con sólo lo suficiente,
¿á qué hacerme desdichada
á fuerza de rica hacerme?
JUAN. Bien; pero yo...
LUISA. Usted es bueno
y no será indiferente
á mis penas! Crea usted
que ántes que esa boda lleven
á cabo, yo de seguro
me muero! (Sollozando.)

JUAN. Vamos, ¿qué quieres?
hay que tener juicio. Al cabo
son tus padres y pretenden
tu bien, aunque equivocándose,
pero...

LUISA. (Insistiendo.) Si usted...

JUAN. No comprendes
que todo cuanto yo diga
es justo que se interprete
por interés ó avaricia?

LUISA. Usted nombre y fama tiene
de honrado, y cuanto usted hace
nadie á criticar se atreve!

JUAN. El oro ciega!

LUISA. Padrino,
no espere usted que le deje
si no me da su palabra
de ayudarme y protegerme!
Yo no puedo ser de ese hombre,
ni yo le amo, ni él me quiere
tampoco; nuestros millones
van á unirse solamente;
nuestras almas ni siquiera
tuvieron tiempo de verse!

JUAN. Pero y qué quieres que haga?
Con qué derecho oponerme
al proyecto de tus padres?

LUISA. Recuerde usted que mil veces
(Con emocion y cogiéndole las manos.)
su esposa, que eslá en el cielo,
entre sus brazos cogiéndome,
«Esta es mi niña, decía,
»oh! si sus padres muriesen,
»aunque Alberto no la amara,
»sería mi hija siempre!»

JUAN. Ah? Luisa, por qué recuerdas
la dicha á quien no la tiene?

LUISA. Oh! si ella viviera!

JUAN. Haría
lo mismo que yo!

LUISA. No!

JUAN. Créeme!

ALB. (Por el foro.)
Padre mio! Luisa! (Al verla.)
LUISA. Alberto!
JUAN. En dónde vais á meterme?

ESCENA VII.

DICHOS, ALBERTO.

LUISA. (Á Alberto.)
Ayúdame! No se trata
de nuestra dicha. Deberes
dicen que tengo más altos,
y en ser mi esposo no pienses!
Pero tratan de casarme
con otro!
ALB. Qué escucho!
JUAN. Y debes
obedecer á los padres
y tu mano concederle!
Si eres con él desdichada,
su castigo será verte
infeliz.—Aquí nosotros
nada somos!
ALB. Pero puede
renunciar á su fortuna!
Pues qué? aunque la deshereden
no soy yo?...
JUAN. Tú eres un loco
que ahora mismo te arrepientes
de tus antiguos arranques
en dos años tan estériles.
Qué has hecho en Madrid? Buscar
el camino inútilmente
que á Luisa te conducía:
tentar en vano la suerte,
y arrepentirte aunque tarde
de tu esperanza inocente!
ALB. Pues bien! si yo no he sabido
digno de su mano hacerme,
no sea mia en buen hora!
pero si alguno se atreve,
sin que ella le ame, á quererla...

JUAN. Qué gran porvenir la ofreces!
Vamos! basta de locuras;
nuestra vida es diferente,
y nada que hacer tenemos
aquí!

LUISA. No hagas que me deje
abandonada!

PRISCA. (Por la derecha.) Qué es esto?

LUISA. Mi madre! (Aterrada,)

JUAN. (Tableau!)

ALB. Yo...

JUAN. (Á Alberto.) Vete!

ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA PRISCA, bajando al proscenio fuera de sí.

PRISCA. Muy bien!... usté es el amigo (Á Juan.)
leal! Niña. (Á Luisa.)

JUAN. No interprete
usted cual siempre á su modo
aquello que no comprende!

PRISCA. No contento con burlarse
de nosotros, aquí viene
á traernos á su hijo!

JUAN. Señora...

PRISCA. Ya saber debe
que ese caballero sobra (Por Alberto.)
en mi casa!

JUAN. (Dios me deje
la calma que necesito!)

PRISCA. Y todavía se atreve!...

JUAN. Nuestros dos hijos se estaban
despidiendo para siempre.

PRISCA. No hacía falta!

ALB. Yo...

PRISCA. Luisa!
adentro! deja que arregle
yo este asunto!...

JUAN. Que me place!
Vete tú tambien!

ALB. Mas...

JUAN. Vete!

(Luisa se va por la izquierda, Alberto por el foro, despues de mirarse.)

ESCENA IX.

DOÑA PRISCA, D. JUAN.

JUAN. Ya estamos solos los dos!
PRISCA. Sí: ya estamos frente á frente
y es necesario hablar claro
sin ambajes ni dobleces!
Yo estoy en mi casa!
JUAN. Es cierto!
PRISCA. Y nadie debe meterse
en mis asuntos!
JUAN. Comadre,
eso ya es muy diferente!
Supongamos que no existe
mi hijo!
PRISCA. Ojalá! (Con rapidez.)
JUAN. Que observe
mas moderacion la ruego.
PRISCA. Ya tengo la suficiente!
JUAN. No vengo á pedir la mano
de Luisa!
PRISCA. Y aunque viniese
sería lo mismo!
JUAN. Prisca,
sea usted mas indulgente
y oiga á lo menos, que es cosa
que ningun peligro tiene!
No teniendo yo el proyecto
de que Luisa se conserve
para mi hijo, que nunca
la verá más, si Dios quiere,
todas las suposiciones
que haga usted se desvanecen!
Yo me volveré á mi pueblo,
aquí se quedan ustedes...
PRISCA. ¡Y yo daré á Dios las gracias (Interrumpiéndole.)
si como dice sucede!

JUAN. Con eso le dará usted algo
de lo mucho que le debe!
PRISCA. Tambien místico! adelante!
JUAN. Y qué quiere usted? chocheces!
Pero es el caso, comadre,
que el año cuarenta y siete,
en humilde falda envuelta
como el ampo de la nieve
tuve á una niña en mis brazos
para que cristiana fuese;
y al responder en su nombre
en ocasion tan solemne,
obligaciones contraje
y sacrosantos deberes!
PRISCA. Enseñarla la doctrina!
ya la sabe, con que puede...
JUAN. Ser su padre, si faltaban
los suyos!...
PRISCA. Como los tiene!
JUAN. Y velar por su ventura
tambien!...
PRISCA. Ya! si usted se mete
á redentor...
JUAN. (Con gravedad.) Yo, señora,
al ver que lágrimas vierte,
que es desdichada en el mundo
y que á nadie acudir puede,
vengo á decir á su madre
que con más cordura piense;
que es un lazo de por vida
el que echarla al cuello quiere,
que no hace la dicha el oro
del alma que sufre y siente,
y que si quiere á su hija
viva y feliz, darla debe
otro porvenir que hacerla
del hombre á quien aborrece.
PRISCA. Ha acabado usted?
JUAN. Del todo!
PRISCA. Es natural que usted piense
así, como su hijo es pobre!
JUAN. Si mi hijo ya no quiere

aspirar á Luisa nunca!

PRISCA. Como la mona, ¡están verdes!

JUAN. Señora!... (Incomodado.)

PRISCA. Señor, yo entiendo
del mundo mejor que ustedes;
se hace usted el generoso,
el filántropo, el solemne,
y me trae aquí á su hijo
para que la chica viéndole
otra vez se encalabrine
y llore, y se aflija y sueñe.
Pero como yo tambien
soy de Jadraque y no viene (Mirando á la escena)
ahora nadie que me obligue
á estar circunspecta y ténue,
le digo á usted que se lleva
un gran chasco; mi hija tiene
dos millones, y su padre
no se deja ahorcar por siete.

JUAN. En eso hace bien!

PRISCA. Y yo
quiero que mi hija lleve
corona en la carretela,
y será marquesa! y penen
y rabien los de Jadraque,
ya que de envidia se mueren.

JUAN. Comadre! usted es una furia.

PRISCA. Compadre! por lana viene
y va trasquilado.

JUAN. Basta,
creí que usted me entendiese
y he perdido el tiempo.

PRISCA. Claro,
como que sacar no puede...

JUAN. Sabe usted que me dan ganas
de dejar de ser decente
y obligarla á que su hija
se case con el que quiere!

PRISCA. Tendría que ver!

JUAN. Tendría!

PRISCA. Justo, como que no hay leyes...

JUAN. Vea usted lo que es el mundo!

pues esas me favorecen.

PRISCA. Lo que tardaría yo
con poco que se excediese
en echarle á usté á presidio!

JUAN. Vamos! ya no la contiene...

PRISCA. Nadie en el mundo!

JUAN. Pues sepa
usted, doña Prisca Perez,
que si ya Alberto, mi hijo,
no es su yerno, es que no quiere!

PRISCA. Qué! (Fuera de sí.)

JUAN. Que si yo se lo indico
ó lo dejo solamente,
sacará depositada
á Luisa...

PRISCA. Cómo?

JUAN. Que puede
casarse ella con quien quiera
aquí dentro de tres meses,
y que no será marquesa
como yo en ello me empeñe.

PRISCA. ¿Qué dice este hombre? (Levantándose.)

JUAN. (Con dignidad.) Descuide
usted, señora!

PRISCA. ¡Usted miente!

JUAN. Vamos! (Perdiendo la paciencia.)

PRISCA. Agua! aquí!... socorro!...
(Entran por el foro D. Pedro y detrás el Marqués y Alberto.)

PEDRO. Qué te pasa?

MARQ. Qué sucede?

ESCENA X.

DOÑA PRISCA, D. JUAN, D. PEDRO, el MARQUÉS, ALBERTO y LUISA, por la izquierda.

PRISCA. Ese hombre!

JUAN. No, esa mujer!

PEDRO. Qué es eso?

PRISCA. Que me ha ofendido!
si yo tuviera un marido!

PEDRO. (Deteniendo á D. Juan.)
Espera; yo quiero ver...
PRISCA. Tambien el otro! (Viendo á Alberto.)
LUISA. (Dios justo!)
PEDRO. (Vé que el Marqués.) (Ap. á Prisca.)
PRISCA. (Fuera de sí.) Nada veo!
El señor con su deseo
de que su hijo viva á gusto,
quiere sacar á mi hija
depositada!
JUAN. No tal!
PRISCA. Háse visto infamia igual?
PEDRO. Natural es que yo exija... (Á D. Juan.)
JUAN. Tu mujer está demente!...
PEDRO. Vé...
JUAN. Yo no busco ni quiero
su maldecido dinero.
La he pedido solamente
que no caseis á mi ahijada
con un hombre á quien no quiere,
y que veais que se muere
de rica y de desgraciada.
PRISCA. Pues yo le juro...
JUAN. Otra vez!...
Hombre, mándala callar! (Á D. Pedro.)
PRISCA. Que todos la han de admirar
marquesa! ¿Está usted?
JUAN. (Á D. Pedro.) Sé Juez!
ALB. Por Dios! (Conteniéndola.)
PRISCA. Y que con horror
de todos los jadraqueses
soy madre de los marqueses
de Torralba y Valledor!
JUAN. Y usted para mí será, (Desesperado.)
Prisca Perez y Bolaños.
PEDRO. Juan!
JUAN. Hija por muchos años
del herrador, su papá!
PRISCA. Ah!
JUAN. Y nieta por consiguiente
del tio Bolaños Cachaza,
que se ponía en la plaza

á vender pan y aguardiente!

PRISCA. ¡Agua!

JUAN. Ustedes lo han querido!
Vamos! (Á Alberto.)

PEDRO. Oh! lo que tú has hecho....

JUAN. Pues amigo, á lo hecho pecho,
el orgullo la ha perdido!

LUISA. (Ap.) (Y á mí me pierde tambien!)

MARQ. Ustedes!... (Á D. Juan.)

JUAN. (Á Alberto.) Ven con tu padre!
que usted se alivie, comadre!
que ustedes lo pasen bien!
(Ántes de salir por el foro cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete en casa del Marqués. Muebles de lujo y esquisito gusto. Á la derecha puerta y á la izquierda balcon. Ambos huecos, como el de la puerta del foro, con grandes cortinas de terciopelo corridas hasta la alfombra. Sobre la mesa-consola una lamparilla de noche encendida.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, en una butaca rendido por el sueño: el CRIADO que sale por la puerta izquierda, se dirige á la derecha y abre el balcon descorriendo la colgadura; apaga la luz y se dirige al foro.

CRIADO. Ya es de dia. ¡Poco pueden
durar estos malos ratos!
PEDRO. Adónde vas? (Despertando.)
CRIADO. (Bajando.) Por el médico.
PEDRO. Vuela!
CRIADO. El carruaje enganchado
tenemos toda la noche!
PEDRO. Mi esposa...
CRIADO. Descansa un rato.
PEDRO. Dichosa ella!
CRIADO. Se echó
á poco que administraron

á la señorita.

PEDRO. Corre!

CRIADO. ¡Viaje inútil! (Se va por el foro.)

PEDRO. (Levantándose.) ¡Dios santo!
dame fuerzas! Este golpe
reservabas á mis años!
Este premio á mis afanes!
¡Cáliz horrible y amargo!

ESCENA II.

D. PEDRO, el MARQUÉS, por la izquierda.

PEDRO. Qué tal? (Con ansiedad.)

MARQ. Cada vez peor,
¡qué horrible noche ha pasado!

PEDRO. Y la fiebre?...

MARQ. Sin dejarla
un minuto!

PEDRO. (Conmovido.) Marqués!...

MARQ. Vamos!
Valor!...

PEDRO. No puedo tenerle!

MARQ. Forzoso es ya conformarnos
con la desdicha!

PEDRO. Dios mio!
¿no existe remedio humano?
¿tan inútil es la ciencia?

MARQ. La ciencia ha hecho demasiado
prolongándola la vida
que iba perdiendo hace un año.

PEDRO. Esos médicos no saben
que yo he prometido darlos
un millon, dos, cuantos quieran,
por ver á mi hija en salvo?

MARQ. Si por dinero se hicieran
pulmones nuevos!

PEDRO. De tantos
como han venido, ¿no hay uno
que la salve?

MARQ. ¿Á qué cansarnos
en declamar? Ya no tiene

remedio!

PEDRO. Desventurado!
Y tú el primero, el primero
tienes la culpa!...

MARQ. Añadamos
á la desventura cierta
los males imaginarios!

PEDRO. Sí, tú!.. ¿qué nos prometiste
cuando al altar la llevamos?
Hacerla feliz!

MARQ. Yo he hecho
ya cuanto estaba en mi mano!
La culpa es sólo de ustedes,
porque ustedes me engañaron!

PEDRO. Nosotros!

MARQ. Sí; me dijeron
que su dolor, que su estado
eran de niña mimada,
ilusiones ó resabios.
Que su perdida salud
recobraría al casarnos,
y que yo á todos daría
la dicha al darla la mano.
¿Qué ha sucedido? Si ustedes
ya herida me la entregaron
de muerte!... Si en aquel alma
no había para mí un átomo
y existia ya un suicidio
oculto y premeditado...
¿Cómo quieren que responda
yo de un cadáver?

PEDRO. Y cuando
la hablabas, ¿no conocías
su enfermedad?

MARQ. Vamos claros!
Si ustedes, que eran sus padres,
no lo vieron, por qué cargos
me hacen hoy de su desgracia?

PEDRO. Pero es que tú la has dejado
entregada á la desdicha,
siendo para ella un extraño.
Ella amor necesitaba

y tú la diste en cambio
la fiebre de tus negocios,
la frialdad de tu rango.

MARQ. Y si ella á otro hombre quería,
¿por qué á mí me la entregaron?
¿Por qué marquesa la hicieron
matándola y engañándonos?
¿Cuál ha sido nuestra vida
en estos tristes dos años?

PEDRO. No ha sido feliz!

MARQ. Los dos
nos hemos sacrificado
por el mundo y por ustedes,
y con la risa en los labios
hemos devorado á un tiempo
yo el despecho y ella el llanto.
Viéndome solo en mi casa
aborrecido, he tratado
de olvidar en los negocios,
en el lujo y en el fausto,
las desventuras domésticas
que ustedes me han preparado.
Fingiendo siempre una dicha
imposible; no gozando
ni un momento de ventura,
hemos vivido dos años
sin paz, sin amor, sin calma...
¡No puede haberlos más largos!
Y hoy que Dios compadecido
de esa infeliz, á su lado
quiere llevarla... me culpan
sus padres!

PEDRO. Si yo...

MARQ. Suframos
nuestra mútua desventura
merecida sin quejarnos.

PEDRO. Perdóname! Estaba loco!
tienes razon. ¡Mi trabajo
incesante era por ella!
Por ella con sobresalto
y temor en arriesgadas
empresas lancéme osado!

Yo quería verla rica,
feliz... envidiada... cuánto
he hecho por aumentar
mi loca fortuna! y cuando
yo me decía... ya basta,
puedo al morirme dejarlos
tres millones... cuatro... cinco,
¡todo inútil! Oh!...

MARQ. Tengamos
resignacion á lo ménos
ya que la culpa es de entrambos;
de usted porque pretendía
hacerla feliz casándonos,
mia, porque mi amor propio
me cegaba... y no ví claro!

PEDRO. Ay de mí! (Ocultando el rostro.)

PRISCA. (Conmovida.) Nada!

MARQ. Qué es eso?

ESCENA III.

D. PEDRO, MARQUÉS, PRISCA por la izquierda.

PRISCA. Contenerla quiero en vano!
pretende salir...

MARQ. Yo iré.

PRISCA. Pregunta si no ha llegado (Deteniéndole.)
don Juan...

MARQ. Es indispensable
evitarla todo cuanto
pueda impresionar su espíritu...

PRISCA. Si escribiste... (Á D. Pedro.)

PEDRO. ¿Pude acaso
negarla un favor tan corto
cuando la he negado tantos?

PRISCA. No haber echado la carta.

MARQ. Delante de mí al criado
se la dió y jurar le hizo
que la echaría.

PRISCA. No estamos
para escenas violentas!
y si ese hombre...

PEDRO. (Interrumpiéndola.) Demasiado
sufrirá!... Yo le conozco!
aunque es excéntrico y raro,
quiere con extremo á Luisa,
y hoy al mirar nuestro llanto,
para nosotros será
el amigo de otros años!

MARQ. Pero y si su hijo...

PEDRO. Juan
conocerá demasiado
su deber y ocultará...

LUISA. (Apareciendo en el umbral de la puerta de la izquierda. Todos corren á su encuentro y la bajan al proscenio, donde se sienta.)
Madre!

PRISCA. Jesús!

MARQ. ¿Quieres algo?

PEDRO. Por qué no avisas?

ESCENA IV.

DICHOS y LUISA.

LUISA. El médico
en libertad me ha dejado
de moverme!...

PEDRO. ¡Qué locura!

PRISCA. (Ap. al Marqués.) (Veo que desesperamos
y hacemos mal. ¿No la ves
cómo anda?...

MARQ. Sí: en ciertos casos...
(Dios pone siempre una venda (Ap.)
para estos trances amargos
en los ojos á las madres!)

LUISA. (Á D Pedro, que la coloca un almohadon.)
Sí; gracias: así descanso!
(D. Pedro se retira conmovido y Prisca ocupa su puesto.)

PRISCA. Estás hoy mejor?

LUISA. Sí; mucho!

PRISCA. Pon tú de tu parte algo!
anímate y ya verás...

MARQ. *(Ap. á D. Pedro, que lo oye apenas.)[1]
*Anoche dí al escribano
*bajo recibo...)
PEDRO. *(Qué dices?
*no sé...)
MARQ. *Los negocios claros,
*y cuanto mas enojosos
*es fuerza que sean mas rápidos.)
PEDRO. *(Pero...)
MARQ. *(La dote de Luisa
*entregué anoche al notario...
*no hay hijos y son ustedes
*los herederos...)
PEDRO. *(Acaso
*no vive aun?...)
MARQ. *(Yo entregué
*los dos millones intactos
*que constituyen la carta
*dotal.)
PEDRO. *(Me estás desgarrando
*el corazon!)
MARQ. *(Ni una vez
*por ellos me ha preguntado:
*el paquete está lo mismo
*que el dia que nos casamos!
PEDRO. *(Mas si vive...)
PRISCA. (Á Luisa.) Ya verás
cómo te alivias y vamos
juntos á pasar contigo
en Panticosa el verano!
¡Dicen todos que las aguas
aquellas hacen milagros!
Tú eres jóven!
LUISA. Hay momentos
en que á la esperanza abro
mi corazon!.. Hoy la tengo!
me siento mejor!
PRISA. Es claro!

---

1 Todos los versos marcados con esta señal * se han suprimido en la representacion.

necesitas animarte!
deja que el aire del campo!...

LUISA. Ahora necesito hablar
con mi marido... Me hallo
mejor, y aprovechar quiero
mi alivio!...

MARQ. Es que te ha ordenado
el médico hablar muy poco!

LUISA. Es asunto grave, y trato
de no molestarte mucho!

MARQ. Lo que quieras!... sin embargo...
mejor sería mañana...

LUISA. ¡Mañana! (Con amarga sonrisa.)

PRISCA. Ya ves!...

LUISA. Un rato
nada mas!

MARQ. Si tú lo exiges!...

LUISA. Usted, madre, mientras tanto,
yo se lo suplico, abra
la ventana de mi cuarto!
me ahogo allí!

PEDRO. No hables mucho!
(Está mejor!...) (Ap. á Prisca.)

PRISCA. (Yo no alcanzo
cómo ese médico dice
que la vé tan grave!...)

PEDRO. Vamos!
(Se van por la izquierda. Pausa.)

ESCENA V.

LUISA, el MARQUÉS la da de beber de una copa que habrá en la mesa del fondo.

LUISA. Gracias! (Despues de beber.)

MARQ. Te encuentras...

LUISA. Lo mismo...

MARQ. Tal vez juzgas...

LUISA. No me engaño!
siento de mi ser en torno
el zumbido inquieto y vago
conque el ángel de la muerte

sus alas va desplegando...
Siento de sus labios tíbios
el roce sobre mis párpados,
aquí... en el pecho... le siento
poner su pesada mano!

MARQ. Vamos... Luisa!...

LUISA. No te importe;
¡tantas veces le he llamado
que de Dios con el permiso
ha querido oirme al cabo!

MARQ. Hablarme querías!

LUISA. Óyeme! (Pausa.)
Al ver que se acortaba el plazo
en que debo dar á Dios
cuenta de todos mis actos,
no quiero llevar conmigo
un remordimiento amargo,
ni puedo sin tu perdon
aspirar á otro más alto!
Por obediencia á mis padres,
por debilidad de ánimo,
por dar la felicidad
á su vejez, que cifraron
en verme rica... y marquesa...
te dí en el altar mi mano.
¡Mi corazon no era tuyo
y lo sabías!

MARQ. Acaso
me culpas á mí?

LUISA. No culpo
á nadie; al revés; si te hablo
es para que me perdones.
*Yo te he hecho sufrir dos años
*con mi obediencia pasiva,
*con mi frialdad de mármol,
*sin que con tus justas quejas
*arrancar hayas logrado
*ni una lágrima en mis ojos,
*ni una sonrisa á mis labios.
*Hemos engañado al mundo
*que exclamaba al contemplarnos:
*«Qué venturosa pareja!...

*»tan poco unos, y otros tanto!»
*Y mientras nos envidiaban
*los propios y los extraños,
*nuestra vida era un tormento,
*y nuestro rico palacio
*sin alegría y sin hijos
*un calabozo y un páramo!

MARQ. *Cierto!

LUISA. *Yo perdon te pido
*si no acepté de tu mano
*nunca ni joyas ni galas,
*ni presentes ni regalos;
*no era que te aborrecía;
*era que el recuerdo santo
*de mi amor, sólo por pobre,
*de mi existencia arrojado,
*llenaba mi vida entera...

MARQ. *Luisa...

LUISA. *Te enojas en vano;
*puro era como tu nombre;
*como mi virtud, es santo!
*Tú lo sabías...

MARQ. *Tus padres
*me dijeron...

LUISA. *Se engañaron;
*pero yo perdon te pido
*por mi amor y por su engaño.
Yo te juro que no he vuelto
á ver á ese hombre. He aceptado
mi cruz hasta el postrer dia,
pero no he podido en cambio
arrancar de mi memoria
mi ventura y mi pasado!
Perdóname!

MARQ. Nada tengo
que perdonarte. Si acaso
vives, libre con tus padres
serás...

LUISA. Tú con ese escándalo
mi virtud castigarías...
pero, como no hay cuidado
de que lo hagas...

MARQ. Qué más quieres?
LUISA. Sólo un favor de tí aguardo!
MARQ. El primero que me pides!
LUISA. Y el último!
MARQ. Qué es? Veamos!
LUISA. Don Juan va á venir: yo creo
que habrá á su hijo ocultado
su venida...
MARQ. Habrá hecho bien!
LUISA. Creo lo mismo!... sin embargo,
si... lo que no espero... viene...
MARQ. Qué intentas?
LUISA. Ciérrale el paso!
Mientras yo viva, no quiero
que me vea!... Jura en cambio
respetar su desventura!
MARQ. Yo!
LUISA. Júrame que tu mano
no querrá lavar ofensas
imaginarias!
MARQ. Tu estado
no te permite!...
LUISA. Ó lo juras
ó aquí la venida aguardo
de mi padrino...
MARQ. Y ese hombre...
LUISA. Tiene él la culpa acaso
de haber sido yo perjura,
de haberle hecho desdichado?
"Nuestro amor nació en la infancia,
"creció al cariñoso halago
"de nuestros padres, y juntos
"á la pubertad llegamos
"jurando ser uno de otro.
"¡Juramento y amor falsos,
"por la riqueza vendidos,
"por una ingrata olvidados!
Fuí de otro; y su adios postrero
esta pobre flor me trajo
(Sacando una flor seca del pecho.)
que como reliquia santa
de mi vida, quiero y guardo.

¡Jamás hemos vuelto á vernos!
Y si esta confesion te hago
es... porque al írseme el alma
se me escapa de las manos!
Tómala pues! y tú mismo,
cuando en eterno descanso
me dejes, cuando á la nada
mi existencia haya tornado,
dásela á Alberto; y con él
llórame como un hermano!

MARQ. No esperes de mí...

LUISA. La muerte
que desata nuestros lazos
indisolubles, nos deja
libres al fin para amarnos.
Júrame que no he de verle
ántes de morir... Mi tránsito
debe ser dulce y dichoso.
¡Quiero perdonar!... y tanto
me han hecho sufrir, que temo
si le veo, no olvidarlo!

MARQ. Luisa...

LUISA. Que yo no le vea;
si están mis dias contados
quiero abandonar la vida
sin un pensamiento humano!

MARQ. Bien, yo te lo juro!

LUISA. (Levantándose.) Gracias!
acompáñame!

MARQ. Te hallo
mejor!

LUISA. Sí; mejor me encuentro.

PRISCA. El médico. (En la izquierda.)

LUISA. Oh! allá vamos!

(Doña Prisca coge del brazo á Luisa y se va con ella: D. Pedro ha salido y se queda en la escena mientras el Marqués le habla aparte.)

MARQ. Venga quien venga, que no entre:
ni don Juan; yo pronto salgo.
(Se va tambien por la izquierda.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, que quiere entrar y se detiene.

PEDRO. ¿Á qué he de entrar? Hace días
que cuando el médico avanza,
en su rostro mi esperanza
se estrella y mis alegrías!
¡Y todo el mundo ha pasado
por tan horrible tormento,
y vive alegre y contento
de su desdicha olvidado!
Este cuadro aterrador,
siempre y siempre repetido,
caer puede en el olvido
tan fácilmente? ¡qué horror!
(D. Juan aparece por el foro, triste y preocupado, ve á D. Pedro, le oye y baja despacio hasta colocarse á su lado cuando marca el diálogo.)
Hoy, aunque mi alma taladre
aquella olvidada historia,
se me viene á la memoria
la última hora de mi madre!
«Adios, hijo...» me decía,
«yo nunca te he contrariado;
»eres dichoso y honrado,
»muero alegre...» y sonreía!

ESCENA VII.

D. JUAN, D. PEDRO.

JUAN. Murió feliz de esa suerte;
y tu hija morirá
pidiéndole á Dios quizá
que te perdone su muerte!
PEDRO. Juan! y tú en este momento,
cuando valor necesita
mi alma...
JUAN. Oh! es que te grita
tu propio remordimiento!

PEDRO. No es verdad! ¿quién te asegura
que si yo la hubiera dado
lo que en su juicio obcecado
creía ser su ventura,
hubiera vivido más?
¿No mueren los pobres?

JUAN. Sí!
pero no existiera en tí
ese hondo terror jamás!
No vierten tus ojos llanto,
sino fuego que te mata!
En tu faz no se retrata
el dolor, sino el espanto!
Ella era feliz; quería
ser á gusto de su padre,
buena esposa y buena madre
en su alegre medianía!
Quería vivir en calma
como sus padres vivieron,
y querer, cual se quisieron
ellos con vida y con alma.
Y vosotros obcecados,
sin recordar que vivisteis
como ella quería, y fuisteis
felices y afortunados,
soñasteis á vuestra edad
sin iusiones ni amor,
en buscarla otra mejor
mentida felicidad.
Y oro y más oro buscasteis,
y nombre y títulos vanos,
y con avarientas manos
en oro su voz ahogasteis.
No creisteis en sus males!
no entendisteis su amargura,
y buscasteis su ventura
en los goces materiales.
Hoy con su muerte pregona
que habeis matado su calma!
Hace bien! Como su alma
nada os debe, os abandona!

PEDRO. Castigo horrible y cruel!

Pero... su madre ha tenido
la culpa.

JUAN. Cuando un marido
vale por ella y por él,
rinde culto á la razon,
pero mirando primero
que el bienestar verdadero
existe en el corazon! (Pausa.)
¿No viste á tu hija llorar,
cuando en aquel triste dia,
cubierta de pedrería
la llevastes al altar?
Los millones de tu caja
á voces no te decían,
que sólo servir podrían
de miserable mortaja?
¡Y sois hombres, y cristianos,
y sufris y padeceis,
y teneis alma y no veis
morir á vuestros hermanos,
que con rica ó pobre suerte
igual tabique los cierra,
é igual puñado de tierra
en la nada los convierte?
¿Á qué ese afan de tener,
de brillar y de lucir,
si todos vienen á ser
iguales en el nacer,
é idénticos al morir?

PEDRO. Juan!... Juan!... mi horrible delito
fué por hacerla dichosa!
no pensaba en otra cosa!
¡Maldito el oro! maldito!

JUAN. No es el oro un mal profundo
aunque el hombre se equivoque,
porque es la piedra de toque
que Dios ha puesto en el mundo!
Pisarla sin tropezar!
Dar en ella sin caer!
Esa es la virtud! Vencer
no se puede sin luchar!

PEDRO. Oh Dios! que mi pena ves

y que alumbras mi razon!
Da á este padre tu perdon,
que llorando está á tus piés!
Yo si ella vive, contento
renuncio sin pena alguna
á mi cuantiosa fortuna!
Yo mendigaré el sustento!
¡No temas que me acobarde!
Haz un milagro, Dios mio!

JUAN. Padre infeliz! Es tardío
tu arrepentimiento. ¡Es tarde!

ESCENA VIII.

DICHOS, ALBERTO, por el foro.

ALB. (Fuera de sí.)
Es tarde! Luego es verdad?

JUAN. Alberto!

PEDRO. Tu hijo aquí!

JUAN. Yo tu carta dejé allí...

ALB. Esta es... (Enseñándola arrugada.)

PEDRO. Fatalidad!

ALB. (Leyendo la carta entre sollozos.)
«Sí usted quiere ver, padrino,
»á Luisa ántes de morir,»
eso dice, «y bendecir,
»como al nacer, su camino;
»si la muerte no le aterra
»y no ha dejado de amarme,
»venga usted al punto á darme
»su último adios en la tierra!»
Ah! Padre, ¡qué es esto?

UAN. Advierte
que vive aún!...

ALB. (Con un grito de júbilo.) Vive!

JUAN. Sí!
y entrar no puedes aquí
sino despues de la muerte!

ALB. ¿Quién disputarme podrá
su último aliento? (Queriendo ir.)

JUAN. (Interponiéndose.) Deten!
la que ha vivido tan bien,
como santa morirá!
ALB. No! yo con ella crecí!
sus oraciones recé;
con sus pesares lloré;
con su alegría reí;
juntos al amor abrimos
nuestro mútuo pensamiento,
y juntos el juramento
de querernos siempre hicimos!
Si ella es hoy de otro mortal,
yo sólo de Luisa soy!
JUAN. Alberto! detente!
ALB. Y voy
pese á quien pese!
JUAN. No tal!
ALB. (Con desesperacion.)
Añicos haré mi pecho.
JUAN. Llora aquí; mas considera
que vela á su cabecera
quien tiene mejor derecho!
ALB. Mejor derecho? Jamás!
ántes que suya era mia!
JUAN. Respétala en la agonía!
ALB. (Dirigiéndose á la izquierda.)
Oh! yo quiero verla!
MARQ. (Apareciendo en la puerta.) Atrás!

ESCENA IX.

DICHOS y el MARQUÉS.

JUAN. (Queriendo detener á Alberto.)
El Marqués!
PEDRO. Oh! que no entienda...
(Se va rápidamente por la izquierda.)
MARQ. Por qué causa, caballero, (Con solemnidad.)
quiere usté entrar loco y fiero
en mi sagrada vivienda?
JUAN. (Á Alberto.)
Vé que con razon infiere

que su honra atropellas!

ALB. (Fuera de sí.) ¡Padre!
que piense lo que le cuadre!
no me importa.—Ella se muere!
Ella! mi única pasion...
la fe de mi vida entera!...
de mi infancia compañera!...
vida de mi corazon!
Al perderla para mí
perdí la felicidad,
y por su tranquilidad (Con sarcasmo.)
de sus miradas huí.
Si porque fuera dichosa
olvidé sus juramentos,
y la dejé en los momentos
en que la hizo usted su esposa,
hoy vengo aquí decidido
á verla y despues morir!
¡Hoy quiero á todos pedir
cuentas de mi bien perdido!

JUAN. (Al Marqués.)
Conozca usted que el dolor
es á veces indiscreto!...

ALB. Yo no escucho ni respeto
á su infame matador!

MARQ. Alberto!

ALB. (Fuera de sí.) Sí! qué habeis hecho,
padres, amigos, esposo,
de aquel ángel venturoso
que arrancasteis de mi pecho?

JUAN. Oh! tu demencia no ves!

ALB. Pero ya lo entiendo! Sí!
me la quitasteis á mí
para matarla despues!

MARQ. Esa mujes, ya sucumba [1]
ó ya viviendo le asombre,
habrá de llevar mi nombre

---

1 De *Un problema de la vida*, comedia de D. Antonio Auset.

aun más allá de la tumba!
Y viva ó muerta ¡lo fio!
mientras yo pueda alentar,
¡por Dios que lo ha de llevar
con honra del nombre mio!

ALB. Como lo ha llevado en vida
sabrá llevarlo hasta el cielo.
Ella, de honradas modelo,
severa, noble y sufrida,
de tan subido valor
por su pureza extremada,
no puede imprimir en nada
la mancha del deshonor!
Ambos nos hemos amado
con delirio! Á usted unida,
ambos variamos de vida,
hemos sufrido y callado!
Y entregados sin defensa
á tan contraria fortuna,
ni una palabra! ni una
hemos trocado en su ofensa.
Ahora bien: ya que hoy la suerte
de esa mujer tan querida
desde el seno de la vida
la arroja en el de la muerte,
va usted á dejarme. Oh!
se lo ruego suplicante,
que yo la vea un instante!
que su último aliento...

MARQ. No!

ALB. Déjeme usted!

MARQ. Basta ya!
para entrar no hay más camino
que el de la muerte!

ALB. Asesino!

JUAN. Oh!

ALB. Por él entraré!

LUISA. (En el dintel de la puerta sostenida por su padre.)
Ah!

ESCENA ÚLTIMA.

LUISA, PRISCA, D. JUAN, D. PEDRO, ALBERTO, el MARQUÉS.

Al ver á Luisa, D. Juan y el Marqués se precipitan á su encuentro; y ella, haciendo un esfuerzo, da algunos pasos para sentarse en una butaca de cerca de la puerta. D. Pedro queda de pie á su lado derecho, y Prisca de rodillas al izquierdo, con la cabeza escondida entre las manos. D. Juan se coloca al lado derecho de Luisa, más abajo de D. Pedro; el Marqués al lado de Doña Prisca, y Alberto retirado á la derecha.

JUAN.
MARQ. } Luisa! (Corriendo á su encuentro.)

ALB. (Retrocediendo al verla.)
Ella! Dios de Dios!

MARQ. (Procurando disimular.)
Qué locura!

LUISA. (Con voz apagada.) Lo he oido!

PEDRO. Detenerla no he podido!

JUAN. Calma, hija mia!

LUISA. Los dos!
(Señalando á Alberto y al Marqués, que se adelantan cada uno por su lado, con voz entrecortada pero entera, y como haciendo un postrer esfuerzo. D. Pedro se retira algo para dejar al Marqués, y D. Juan para dejar á Alberto.)
Del frio sepulcro al pie,
segun nuestra religion...
sólo hay frases de perdon,
sólo hay palabras de fe!
Alberto! nada es la vida
cuando hay una eternidad! (Sonriendo.)
Llorad juntos, por piedad,
en mi eterna despedida!
(Les junta las manos: despues se levantan y se retiran ocultando su dolor.)

JUAN. ¡Ángel de amor desdichado,
qué feliz hubieras sido

si con aquel bien perdido
siempre te hubieran dejado!

PEDRO. ¡Ay de mí! (Con ronco dolor.)

LUISA. (Sonriendo.) Sábelo Dios!
Oh! no me guardeis encono!...
Padres!... yo os amo y perdono!...

PRISCA. } Hija! (Con un grito de dolor.)
PEDRO. }

JUAN. Luisa!

LUISA. Adios!... adios!... (Muere.)

(Pausa solemne.)

PEDRO. Abrevia, Dios mio, aquí (Llorando.)
mi horrible arrepentimiento!
Señor! ¿qué va á ser de mí?

JUAN. Ella ya en este momento
á Dios le pide por tí!
Ella sus brazos nos tiende
desde la celeste altura
donde Dios al hombre atiende!
Donde la eterna ventura
ni se compra ni se vende!
¡dónde las lágrimas van!
donde llega la oracion!
donde los astros están
anunciando con afan
nuestra eterna salvacion!
Si es grande el humano duelo,
si en su inmenso desconsuelo
aquí el dolor nos aterra,
no hay bien perdido en la tierra
que no se encuentre en el cielo!

Alberto y el Marqués á los dos extremos del proscenio. D. Juan enmedio.—D. Pedro y Doña Prisca á los lados de Luisa, que deberá parecer como dormida.—Cuadro final.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid, Noviembre de 1866.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES	Prop. que corresponde
nper cadenas	3	Luis Blanc	»
ños de amor	3	M. Carreras y Gonzalez	»
ica Blandini	4	E. Zumel	»
vizconde de Commarin	4	E. Zumel	»

ZARZUELAS.

ericanos de pega	1	R. María Liern	Libro.
Roman y Don Ramon	1	Usera y Lopez y Schænbrunn	L. y M.
telégramas	1	Portero y Segura	L. y M.
aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	L. y M.
gran dia	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
que va á morir te saluda	1	Belza y Balart	L. y M.
sargento Lozano	1	Hurtado y Nuñez-Robres	L. y M.
re bastidores	1	N. Serra y Carreras	L. y M.
r de los cielos	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
ego en guerrillas	1	Manuel Nieto	Música
voz de España	1	Altadill y Fossa	L. y M.
s hijas de Fulano	1	Amalfi y Fernandez Caballero	L. y M.
s rosales de Mañara	1	Guillermo Cereceda	Música
dro el Veterano	1	Liern y Monfort	L. y M.
nus y Cupido	1	Cuenca	L y M.
hostelero de Ricla	3	Belza y Balart	L. y M.
a cancion de amor	3	A. Hurtado	Libro.

Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo avarro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del . Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito; El padre de mi mujer; Un to de prision*, y *Un jaleo en Triana*, así como las siguientes obras del señor reton de los Herreros: *Por una hija*, comedia en un acto, *Al pie de la ra, Cuando de cincuenta pases, El abogado de pobres, Elvira y Leandro, ntre dos amigos, La hermana de leche, La hipocresía del vicio, Los sentido rporales, María y Leonor*, y *Mocedades*, comedias en tres actos, y el libro de zarzuela en tres actos, *Cosas de D. Juan*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.